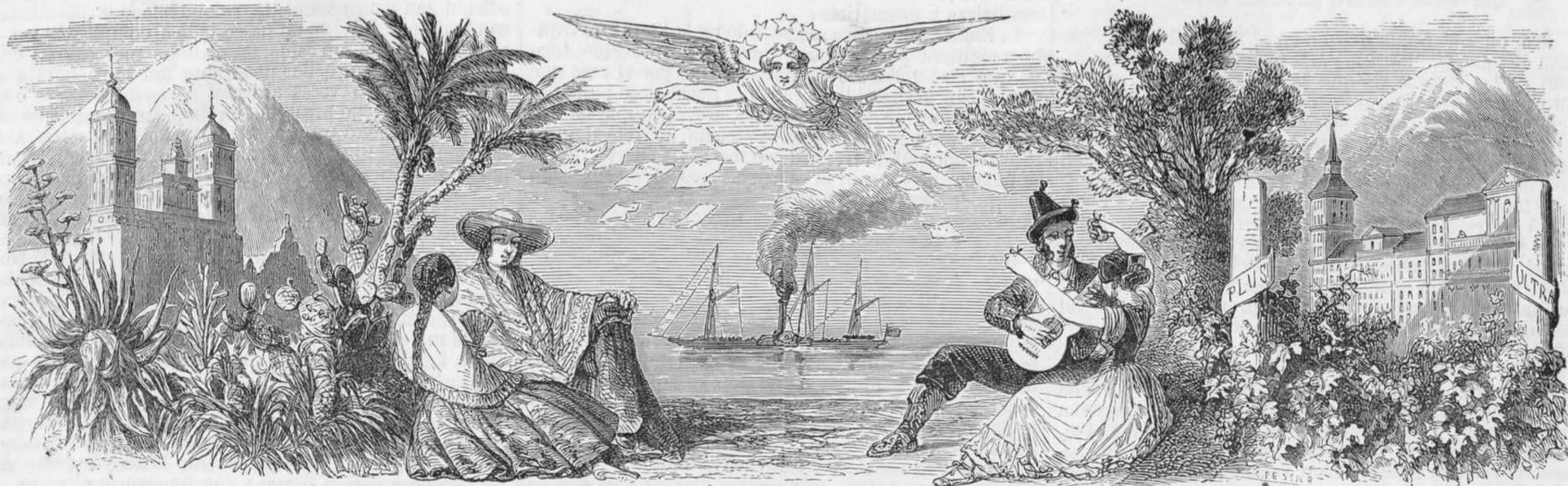


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1853.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 12. — N° 29.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

SUMARIO :

Poetas españoles contemporáneos; D. Eugenio de Ochoa, y D. Gregorio Romero Larrañaga. — Historia de la semana; grabado. — Corridos de trineos en Filadelfia. — Quákaros — Anécdota. — La Granja, ó el real sitio de San Ildefonso; grabados. — Los Caprichos del corazón; novela. — Excursion sobre las costas septentrionales del mar Negro; grabados. — Una jóven de provincia en la Sorbona. — Los pájaros sobre las torres — Redowa. — El Marañon. — La nada; poema. — Felación de un viaje al Japon. — Retrato á caballo de Miguel el Grande; grabado.

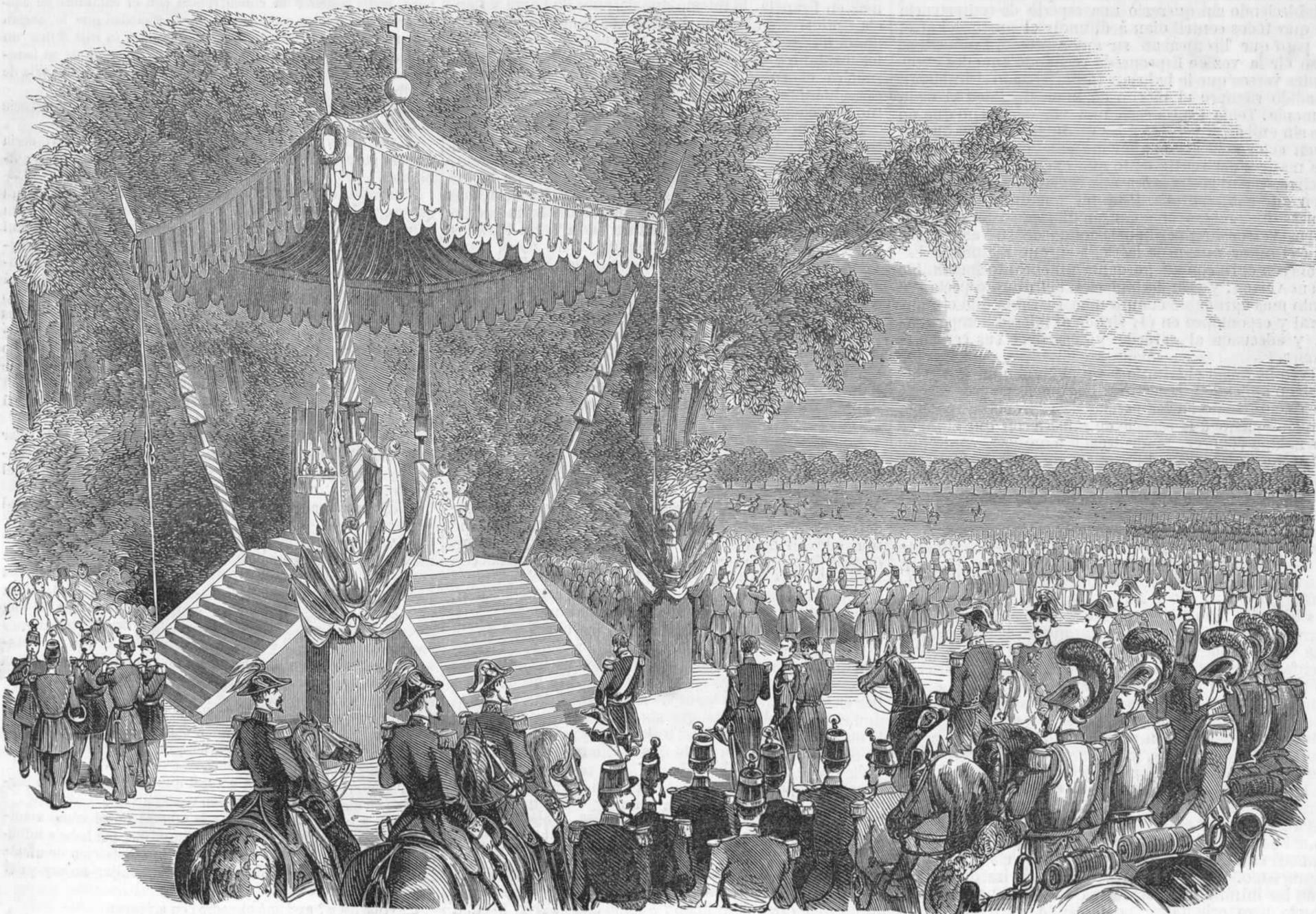
Poetas españoles contemporáneos.

D. EUGENIO DE OCHOA, Y D. GREGORIO ROMERO LARRAÑAGA.

Estos dos individuos y otros que por pertenecer á un órden muy inferior no creo preciso mencionar, pertenecen á la primera época de la llamada regeneracion literaria, esto es, á la época en que brillaron Larra y Garcia Gutierrez, se levantaron Villalta, Hartzembusch, el Duque de Rivas y Espronceda, y aparecia Zorrilla como una especie de crepúsculo precursor de las tinieblas que debian seguir al dia magnifico aunque breve de

nuestro renacimiento. Estos señores, digo, respiraron el ambiente de la vida, literariamente hablando, en aquella época memorable, y formaron con el Duque de Rivas en el peloton mas exagerado de la romántica milicia que turbó nuestro reposo, prestándonos con siniestra perseverancia espectáculos de sangre y de muerte. Entónces el romanticismo estaba en voga, pero no el romanticismo bien entendido, tal como lo concibieron Victor Hugo y Alejandro Dumas, principales jefes de esta escuela, sino la mala imitacion, la parodia que marchita las mas floridas ilusiones.

A poco que se estudie la mencionada escuela romántica, se observará que no consistia esta en un simple juego de formas ni en el abuso de los efectos dramáti-



Celebracion de la misa en el campo de Satory.

cos: esto es, juzgar el árbol por la corteza. El romanticismo filosóficamente considerado, era la libertad levantándose contra el despotismo, y podía decirse de él lo que el gran poeta francés de nuestra época decía comparando la cólera del pueblo a la lava del volcán:

*Le peuple a sa colère et le volcan sa lave,
Qui dévaste d'abord et qui féconde après.*

Era pues el romanticismo en el fondo algo más que una revolución literaria; era casi una revolución social, y las formas de que se revistió tenían aquella propensión a la anarquía consiguiente al tránsito violento de las ideas que sustituían el imperio de los principios al de los hechos. Nuestros medianos ingenios lo mismo que los escritores franceses de segundo orden lo entendieron de otra manera, creyendo de buena fe que bastaba forjar un cuento en que el puñal, el veneno ó el verdugo desempeñasen un importante papel para interpretar debidamente la nueva escuela literaria, y así vimos en efecto publicarse el *capuz*, el *sayon* y otras cosas por el estilo, sin ninguna intención filosófica; sin más pretensión que la de sorprender el ánimo del lector del modo más desagradable posible, lo que nunca se verificaba, porque el lector iba ya prevenido á no dejarse sorprender, y hasta solía adelantarse tanto para desvirtuar la peripecia, que muchas veces se quedaba frío como la nieve viendo que el autor se contentaba con ahorcar ó dar garrote al que podía quemar vivo. Estos cuentos, por de contado, recorrían todos los tonos de nuestra metrificación variada y variable hasta el infinito; empezaban en versos alejandrinos y acababan en versos de una sola sílaba, presentando en su forma tipográfica una serie de figuras geométricas, tales como el cilindro, el cuadrado y el cono, lo que tenía la ventaja única de agradar á los ojos ya que el contenido no dijese nada á la imaginación; y á estos delirios, á estas extravagancias, á estas puerilidades en fin, se dió entonces el impropio nombre de romanticismo. ¿Qué había pues de suceder? El romanticismo tan mal comprendido, tan mal interpretado cayó cuando apenas se había levantado, aunque á decir verdad no cayó la idea sino la exageración, la parodia, la caricatura de la idea.

Es una fatalidad inevitable la que persigue al arte en todas sus más bellas evoluciones: despues de la creación viene la imitación, y como los imitadores carecen generalmente de facultades para acercarse á los tipos originales, de aquí nace esa escala descendente de formas cuyos últimos términos acaban por condenar al ridículo las más bellas concepciones. Me acuerdo, á propósito de esto, del Liceo de Madrid y del Instituto Español, verdaderas academias de emulación donde hace algunos años se presentaban unos á leer versos, otros á improvisar caprichosas figuras ó graciosos paisajes sobre el lienzo, otros á cantar ó á representar comedias, estableciendo sin quererlo una especie de competencia en que todos contribuían á difundir el gusto del arte, al paso que lisonjaban su amor propio. Entonces se hizo oír la voz de Espronceda recitando aquellos excelentes versos que le habrían immortalizado si hubieran añadido siempre el mérito de la originalidad al de la armonía. Tenía Espronceda una voz de trueno que no era sin embargo rebelde á las modulaciones con que un buen actor debe acompañar las palabras en los diversos matices del sentimiento que expresan, y así puede decirse, que su recitado era una declamación, y que más bien que leía, cantaba. Esta fué sin duda una de las causas que empezaron á dar popularidad á Espronceda, cuyos versos han perdido la mitad de su valor desde que el autor no puede leerlos; porque realmente Espronceda daba con su garganta un encanto indefinible á sus versos, y esta declamación del difunto poeta era tanto más agradable cuanto más se sabía que era natural y espontánea en él, siendo al mismo tiempo buena y adecuada al carácter y forma de sus composiciones.

Pero he dicho el triunfo y no el escollo de la declamación aplicada á la lectura. Los demás poetas creyendo que el éxito de las poesías de Espronceda se debía principalmente á la especie de música con que el autor las daba á conocer, se dedicaron á imitar el canto que tanta voga alcanzaba. El primero de los imitadores fué Zorrilla que, en honor de la verdad, se acercó mucho á remedar el tono del maestro, si no llegó á igualarlo; porque Zorrilla lee admirablemente; pero detrás de Zorrilla vinieron otros pobres demonios empeñados en cantar con voz de bajos ó barítonos, cuando realmente la tenían de tenores y aun de títeres, y todo mi buen deseo se estrella aquí ante la absoluta imposibilidad de pintar los gestos, las muecas, las absurdas vocalizaciones con que aquellos hombres se proponían arrancar lágrimas, no consiguiendo arrancar sino la risa que excita todo lo que es ridículamente grave y saintescamente trágico. ¡Qué arqueo de cejas! ¡qué contracción de músculos! ¡qué lamentos y qué resoplidos! Figúrense ustedes el efecto que produciría la lectura en un hombre que tuviera dolor de muelas ó de estómago, y estuviera al mismo tiempo tomando un baño de vapor y comiendo merengues, y podrán tener una idea aproximada de la declamación degenerada de los discípulos de Espronceda. ¿Y qué resultó de todo esto? Que aquel género de lectura, que aquella declamación tan sonora, tan animada, tan expresiva y elegante al principio, vino á hacerse pesada, empalagosa, risible, intolerable, monstruosa. Pues he aquí lo que aconteció con el romanticismo. Tan pronto como se popularizaron en España las inimitables orientales de Víctor Hugo, todo el mundo hizo orientales, no teniendo astro poético ni

mas conocimiento de las costumbres de Oriente, que el que imperfectamente pueden dar algunos romances y antiguas tradiciones. Llegaron luego las novelas y dramas del mencionado autor al mismo tiempo que los dramas de Dumas, y las medianías no viendo en Lucrecia Borgia, ni en Antoni, ni en Catalina Howard, ni en Hernani, más que el veneno, el verdugo y el puñal, hicieron heregías á que daban el nombre de producciones líricas y dramáticas.

D. Eugenio de Ochoa, empapado en la literatura francesa siquiera por lo mucho que había traducido, hizo lo que casi todos los taquígrafos, que por el roce que tienen con los periódicos, acaban haciéndose periodistas. El traductor de Víctor Hugo, creyendo que de traducir á producir había poca diferencia, escribió algunos dramas horripilantes; pero con tan mala suerte, que la puñalada, el veneno, la catástrofe mortal, en fin, bajo cualquier forma que revistiese, hacia desternillar al público de risa, aun á los más furibundos partidarios de la escuela romántica.

Inútil era pedir en estas composiciones un fin moral, una idea filosófica buena ó mala, ni mucho menos aquellos pensamientos elevados, aquellas palabras inesperadas y felices con que los fundadores del romanticismo lograron asombrar cuando no acertaron á conmover, y hasta disculparon las extravagancias, que hablando francamente, no escasearon en aquella reacción desbocada con que el genio se rebeló contra la monotonía de la escuela llamada clásica. Estas dotes son raras, no se heredan ni se aprenden, sino que nacen y se extinguen en un mismo individuo, lo que no impide que en épocas dadas, en aquellos días de borrasca en que las ideas, las pasiones ó los intereses interrumpen la calma de la sociedad, sean muchos los individuos que se sientan agitados por un impulso misterioso, por un agente invisible, por una inspiración proporcionada á las conmociones del momento. Pero no porque la revolución de 1789 diese un Mirabeau á la elocuencia y más tarde un Napoleón á la guerra, hemos de suponer que todos los hombres de aquel tiempo eran oradores ó generales de primer orden. A la elocuencia de Mirabeau, sublime y arrolladora siguió la de Danton, que tal vez era más enérgica sin ser tan grande, y detrás de Danton formaba Marat, que llevando la pasión al delirio, no podía separar del terror la ridícula forma que daba á sus elucubraciones oratorias. Del mismo modo al lado de Napoleón se vieron figurar con más ó menos brillo los Murat, Massena, Ney, Junot y otros generales en escala inferior que sostenían dignamente el honor de las armas francesas, mientras otros jefes de menos elevada inteligencia destruían en un día con sus desaciertos el fruto de muchos años de esfuerzos gigantescos. Esto, concretándonos á la cuestión que contra nuestra voluntad nos engolfa en un laberinto de digresiones, quiere decir que detrás de Víctor Hugo y Alejandro Dumas en Francia, lo mismo que despues de Larra y García Gutiérrez en España, había otros hombres de segundo, de tercer orden, y algunos pobres petates que, como los cantantes cuando desentonan, hacen de la mejor música el ruido más desagradable. Pues bien, entre estos hombres, coloco yo en primer término á D. Eugenio de Ochoa.

Pero debo hacer una salvedad que mi carácter de crítico imparcial exige: el señor Ochoa tan pobre poeta, tan infeliz imitador de los genios del romanticismo, tradujo todas las novelas y muchos dramas de Víctor Hugo, y acertó á traducirlas con tanta inteligencia, que en su calidad de traductor creo que nadie le ha podido aventajar, ni el mismo D. Ventura de la Vega. Para los que conocen la dificultad de traducir á un poeta como Víctor Hugo en obras como *Nuestra Señora de París*, esta es seguramente una circunstancia que recomienda mucho al señor Ochoa, hombre de conciencia ya que no de genio, y nutrido á veces en ese gusto que remeda al talento. Efectivamente, yo he leído en español y en francés las obras de Víctor Hugo traducidas por el señor Ochoa, y debo decir que en la traducción tienen para mí todo el halago, toda la energía, todo ese colorido y brillantez á un tiempo, que el autor ha sabido darlas en su lengua propia.

No ha estado tan feliz el señor Ochoa en otro trabajo que hizo más tarde y que es tal vez el que le ha dado mayor importancia. Hablo de la colección de autores españoles que dió en París, cosa que le produjo bastante dinero según dicen, y hasta condecoraciones de parte del gobierno francés. ¿Porqué? Por haber hecho una edición de obras de distintos géneros, mostrando poquísimos tino en la elección y adicionándolas con notas ligeras é insignificantes. Entre las muchas observaciones que podríamos hacer acerca de esta colección, fijaremos brevemente la atención en los autores místicos, donde es digno de notarse que las obras de Santa Teresa de Jesús vayan sin la vida de esta santa escrita, por ella misma, y que es por cierto uno de sus trabajos más interesantes en todos conceptos. ¿Qué ha hecho el señor Ochoa? Poner en lugar de la vida de Santa Teresa la de Fray Diego de Yepes, que sin tener la importancia de la otra, ocupa la mitad del tomo consagrado á las obras de Santa Teresa. Esto es lo que se llama en castellano, tomar el rábano por las hojas. Pero no se detuvo aquí el señor Ochoa; era necesario que su pobre concepción diese una idea siempre pobre también de nuestros antiguos autores, y así redujo á la tercera parte de un pequeño tomo las obras de Fray Luis de Granada que en la edición de Rivadeneira ocupan dos inmensos volúmenes. ¿No es esto burlar las esperanzas y la buena fé del público á quien se trata de contentar con poco despues de haberle ofrecido mucho? Sabido es que si la España

no puede envanecerse de haber tenido filósofos, es quizá la nación que ha producido mayor número de obras místicas, y sin embargo todas estas obras apenas llenan tres volúmenes en octavo en la colección de D. Eugenio de Ochoa, lo cual quiere decir que su trabajo mas que colección debiera llamarse resumen ó extracto de autores españoles; y á esta circunstancia debe agregarse la de que, como llevo manifestado, esta moderna edición tan pomposamente recomendada y premiada con tanta esplendidez, no ha costado al compilador ningún estudio, ningún esfuerzo, no le ha merecido ni un juicio crítico ni aquellas notas que son indispensables para trasladar á veces al lector á ciertos lugares ó á ciertas épocas; no arguyen, en fin, otro mérito que el que puede darse á un paciente corrector de pruebas. Así este trabajo raquítico é incompleto, da la medida del talento del señor Ochoa, quien según males lenguas tuvo expertos ayudantes para la traducción de las obras de Víctor Hugo, que es lo único en que ha logrado llamar la atención de un modo satisfactorio.

En cuanto al señor Romero Larrañaga, no diré por ahora más, sino que despues de abandonar una mala senda, emprendió otra que no era mucho mejor; pero dejó la demostración de esta verdad para cuando hable de mi estimable amigo D. Eusebio Asquerino con quien Larrañaga se asoció para escribir dramas. Lo que es como poeta lírico dicho señor ha dado algunas muestras muy apreciables; tiene cierto sentimiento que vaga entre los géneros delicado y lloron, razón por la cual hay algunos que dicen que Larrañaga no es tierno, sino blando, aunque á mí francamente la mayor parte de las veces me parece tierno y con frecuencia discreto.

J. M. VILLEGAS.

Historia de la semana.

En nuestra última revista decíamos, que los constantes vaivenes de la Bolsa, cambiando de repente la situación y fortuna de muchas personas, daban margen á una multitud de historias interesantes y de anécdotas divertidas. He aquí un nuevo ejemplo de esta verdad, que hallamos en la crónica de la semana:

Un joven elegante y de finos modales, pero sin fortuna, se había enamorado de la hija de un rico comerciante de París, con quien hizo conocimiento este último invierno en los bailes de gran tono. El enamorado buscó empeños, y logró ser admitido en la familia de la que pretendía, favor por cierto muy señalado, pero que no envolvía el consentimiento que el joven deseaba. Cuanto más tiempo iba pasando, tanto más el galán se desalentaba. ¿Cómo un hombre de su jaez, esto es, sin dinero, podía sostener la concurrencia con el enjambre de adoradores ricos y bien establecidos en la sociedad que le hacían una ruda guerra? Un comerciante que da á su hija única un millón de dote, no se inclina á conceder la mano de su heredera á un pobre empleado que se halla aun en la categoría de escribiente.

Todas estas reflexiones y otras muchas de la misma especie le habían quitado al joven toda esperanza.

— ¡No tengo más remedio que hacer una fortuna! decía nuestro pobre escribiente, entrando de súbito en las ideas ambiciosas.

Numerosos ejemplos le mostraban una puerta abierta para enriquecerse de la noche á la mañana; el joven no titubeó en entrar por ella. Todo su capital, que consistía en unos dos mil duros, fué empleado con la intrepidez de un hombre enamorado en los agiotajes de la Bolsa, y la fortuna se mostró tan propicia, que al cabo de poco tiempo los beneficios se elevaron á una suma bastante respetable. Cuando juzgó que tenía ya lo suficiente, se detuvo y ajustó cuentas; las operaciones todas habían sido hechas con el mayor sigilo, para evitar los pesames si se hundía, y á fin de producir un efecto más poderoso presentándose de repente en todo su esplendor. La cantidad que realizó se elevaba á cincuenta mil duros.

— Gracias á Dios, se dijo para sí, ya puedo presentarme á pedir la mano del objeto de todos mis deseos.

¡Oh, fortuna! En el mismo instante en que se disponía á dar este paso, el padre de la joven le escribió una carta suplicándole que pasara á verse con él, porque quería hablarle del asunto.

El opulento comerciante le recibió con la mayor cordialidad y afecto.

— Amigo mío, le dijo, todo lo he adivinado. Sé que amais á mi hija; no me interrumpais, y escuchadme hasta el fin lo que tengo que decir. No os habeis declarado, y estimo en su justo valor vuestra modestia y delicadeza; pero como nunca os habrais atrevido á pedir en matrimonio la mano de una joven tan rica como mi hija, á mí me toca dar el primer paso en el asunto. Yo no soy de aquellos que piensan que las fortunas deben unirse con las fortunas; sois un joven de buenas cualidades, amais á mi hija, ella os ama, y quiero que os caseis lo más pronto posible.

— ¡Sabe que he hecho un brillante negocio y que soy rico! dijo el joven para sí; enhorabuena, dejémosle el mérito del desinterés, dejémosle creer que ignora mi actual prosperidad, á ver como recibe la noticia.

Y despues, con la emoción natural que le comunicaba la certeza de su dicha futura, añadió en voz alta:

— Sois el más generoso de los hombres; no sé cómo manifestaros la admiración, respeto y gratitud que me habeis infundido; pero tranquilizaos, pues me cabe la satisfacción de anunciaros que, sin ser tan rico como vuestra hija, no soy ya el pobretón que era ántes.

— ¿Qué decis? exclamó el padre con serpreza.

— ¡Bien finge que se sorprende! exclamó el joven aparte; veo que mi suegro es un buen cómico.

Y luego añadió con acento firme:

— Digo la pura verdad; poseo cincuenta mil duros.

— ¿Y desde cuándo?

— Desde ayer.

— ¿Cómo puede ser eso? No os quedaba pariente ninguno, no teniais ninguna herencia en perspectiva...

— En efecto, no he heredado, pero he hecho fortuna. Hace mas de tres meses que trabajo para ello.

— ¿Cincuenta mil duros en tres meses!

— Sí, me he manejado bien, ¿no es cierto? Solo en la Bolsa se operan semejantes prodigios. He atinado en todas mis especulaciones sobre las rentas y los caminos de hierro, y os traigo aquí en esta cartera la susodicha cantidad en buenos valores.

— Os felicito muchísimo por vuestra nueva posición, respondió friamente el padre; pero esto cambia totalmente mis ideas acerca de lo que llevo dicho.

— ¿Qué decis?

— Habia elegido por yerno á un hombre sin fortuna, á un modesto empleado; ahora sois un bolsista, un especulador lanzado en el agiotaje, y tenéis cincuenta mil duros, pero no tendréis la mano de mi hija.

Aterrado con este desenlace imprevisto, el joven puso cuantos medios tuvo en su mano para revocar la fatal sentencia, pero todo en vano, pues el padre de la joven ha querido mostrarse irrevocable. Este prudente comerciante cree que un especulador que ha ganado cincuenta mil duros en la Bolsa, es mas pobre que un empleado con sueldo de escribiente.

El padre y la hija se han ido ya al campo, dejando al pretendiente medio loco de desesperación por haber ganado cincuenta mil duros en la Bolsa; quizás para consolarse seguirá jugando.

Paris, desierto ya de su sociedad privilegiada, se halla entregado á los extranjeros. Como siempre, abundan los ingleses, aunque tampoco faltan este año españoles y americanos.

Habiendo ingleses, inútil es decir que no faltan excéntricas.

Dias pasados uno de esos orgullosos súbditos de la Gran Bretaña acertó á pasar por un mercado, donde vió á una mujer vendiendo flores, miserablemente vestida, y ya entrada en años, pero que tenia al lado á un hermoso niño rubio, con esas megillas sonrosadas y esos ojos brillantes propios de la infancia.

— ¿Cuánto es ese niño? preguntó el inglés á la ramillettera.

— ¿Cómo es eso? repuso la mujer creyendo haberse engañado.

— ¿Que cuánto es ese niño? repitió el inglés designando á la criatura que abría sus grandes ojos para contemplar la esdrabútica figura de aquel insular, que parecia hablar tan seriamente.

— Compradme este ramillete de rosas de Bengala y violetas de Parma, os lo daré barato.

— Quiero comprar el niño y no las flores.

— Pues yo vendo las flores y no el niño, respondió vivamente la mujer, asiendo á la criatura de la mano, con la sorpresa y emoción que debían causar á una madre semejantes palabras.

— Reflexionadlo bien, añadió el inglés, y si os conviene tener á un hijo en la opulencia, aquí están las señas de mi casa.

Y al decir esto, arrojó sobre las flores una tarjeta con su nombre y el de la fonda donde estaba alojado.

La pobre mujer se quedó atónita con la aventura, pero debemos decir en su honor, que ni un instante vaciló en llenar sus deberes de buena madre.

Sin embargo, la noticia del acontecimiento circuló al punto por el mercado, y la ramillettera se vió cercada de mujeres que elogiaban su conducta, y aun la proponían que diera parte á la autoridad, á fin de castigar como merecía la audacia de aquel inglés que queria hacer compra de carne humana. La tarjeta del extranjero pasó de mano en mano, recibiendo las imprecaciones de las verduleras cuya exaltación contra el inglés rayaba en la locura.

Pero ¿quién lo creeria? el inglés es el que ha tenido que recurrir á la policía, porque si bien no pareció por su casa el hijo de la ramillettera, en cambio ha habido mas de una madre ó madrastra que acudió á solicitar su protección para sus hijos. El inglés ofendido con esta falta de moralidad de parte sin duda de aquellas mujeres que mas animaron á la otra en su resolución, hizo intervenir á la autoridad, que cortó al punto este tráfico de niños.

Otro inglés que se halla en Paris no de temporada, sino establecido con residencia fija, ha tenido tambien una idea propia del carácter británico.

Este señor se halla en Paris, por la única razón de que puede disfrutar aquí mejor que en Londres de todas las comodidades de la vida. Poseedor de una renta limitada, la emplea toda en satisfacer sus gustos delicados y sus caprichos.

El boato de coches y criados no le está permitido, pero en cambio goza de todos los placeres propios de una existencia ríesna y apacible. Vive en una hermosa casa de la plaza Vendôme, el barrio mas rico y caro de Paris, y paga por su aposento, que es un entresuelo, la cantidad de seiscientos duros anuales.

Todo estaria muy bien, si nuestro inglés, susceptible y nervioso amigo de la tranquilidad y del silencio, no hubiera tenido encima en el piso principal unos vecinos turbulentos y alborotadores.

Es el caso que en este primer piso recibían muchas visitas desde por la mañana hasta por la noche; daban patadas en el suelo; muy á menudo habia bailes y cenas que se prolongaban hasta el día siguiente, en una palabra, aquello era un infierno, donde no faltaba nada de lo que puede hacer ruido en una casa, incluso un piano que rara vez estaba silencioso.

Todo esto era terrible, pero no habia mas remedio que sufrirlo: los habitantes del cuarto principal tenían derecho para

hacer lo que hacían, y como pagaban corrientemente los alquileres, no habia nada que decirles.

Por su parte el inglés podia mudarse, pero es el caso que su aposento le gustaba mucho, y además profesaba un odio declarado á todo cambio. Además ¿quién le respondía de que no hubiera hallado los mismos inconvenientes en otra casa?

Otro medio mejor se presentó para salir del paso. El cuarto principal se desalquiló, y ya se presentaron varios aficionados á ocuparle, pertrechados de nuevos ruidos y nuevos pianos, pero el inquilino del entresuelo tomó la delantera, y se fué en derechura al casero á preguntarle el precio del piso vacante.

— Ya le habeis visto, respondió el casero, de modo que sabeis que es cuarto soberbio, empapelado nuevamente, con once piezas, siete metros de altura, puertas con espejos, en una palabra, un verdadero palacio.

— ¿Cuánto cuesta? volvió á preguntar el inglés con su cachaza británica?

— Menos de dos mil duros anuales no puedo alquilarle.

— Está muy bien, me quedo con él; podemos firmar el contrato.

— ¿De modo que dejais el entresuelo?

— No por cierto. Por quedarme con el entresuelo, tomo el otro.

El casero no comprendió el asunto, pero esto es lo que menos le importaba; lo esencial para él era el alquilar el cuarto principal, y el inglés era hombre que le convenia por mil motivos, el primero porque pagaba siempre con una exactitud sin ejemplo, y con este están dichos todos los otros.

Amo de los dos cuartos, el inglés ha cerrado cuidadosamente las puertas del piso principal, y sigue viviendo en el entresuelo, dejando desierto el de arriba, infinitamente mas rico y espléndido que el suyo, y todo porque nadie dé patadas sobre su cabeza.

Este es un rasgo inglés y de los mas selectos.

Citemos otro hecho notable de la misma procedencia. Dias pasados, un rubicundo hijo de la *pérfida Albion* se presenta á la puerta de una de esas bonitas casas de los Campos Elíseos, que en otra población que no fuera Paris, se llamarían palacios. El inglés, recientemente desembarcado, se habia engañado en las señas que traía, de modo que no era allí la residencia de la persona que él buscaba, pero esta equivocación no era un motivo para que el portero de la casa en cuestión le recibiese con la amabilidad que suelen usar ciertos porteros. El inglés exasperado por los malos modales de aquel hombre soez, tomó bien las señas de la casa, y se fué en derechura á un agente de negocios para que adquiriese la finca en su nombre, á cualquier precio.

Todo lo puede el dinero, es un refrán tan antiguo como acertado. El dueño de la casa se aprovechó de la ocasión, pero el inglés, mediante sus guineas, tuvo el placer supremo de echar á la calle al portero cuarenta y ocho horas despues de haber infringido las leyes de la buena crianza.

¿Cuántos ingleses se necesitarían para acabar con los porteros parisienses que pecan de lo mismo!

Concluirémos con dos palabras sobre el grabado que va al frente de este número, y que representa la ceremonia de la misa en el campo militar de Satory, del que ya hemos hablado en otras ocasiones á nuestros lectores. Antes de los simulacros y maniobras que siguen ejecutándose en Satory muchos domingos, las tropas oyen la misa fijos los ojos en un altar improvisado bajo una tienda á cielo abierto, con la misma solemnidad que en una iglesia. ¡Quiera Dios que no tengamos que ofrecer pronto á nuestros lectores el diseño de esta ceremonia religiosa como preliminar de un cuadro de batalla!

MARIANO URRABIETA.

10 de julio de 1853.

Corridas de trineos en Filadelfia.

Aunque suele nevar algunas veces en Filadelfia, sin embargo rara vez sucede que el tiempo de nieves dure tanto que pase los límites de un invierno regular. Por eso el público procura sacar el partido posible de este don del cielo. Difícilmente se deseará una corrida de trineos con mas ardor en Rusia que aquí: así que el cielo amenaza enviar una considerable porción de nieve, se recogen los carruajes y carros en las cocheras, para dar lugar á los trineos, largo tiempo olvidados, siendo sumamente grande el júbilo con que luego se celebra una de estas corridas. Entónces el que tiene tiempo y dinero se pasea en trineos. No se da grande importancia á la elegancia ó riqueza de los mismos; pero si mucha á la velocidad con que recorren las calles arriba y abajo. Un caballero coloca á su dama al lado en un trineo, que por lo regular no tiene un aspecto diferente del trineo de un aldeano alemán, y en una tarde recorre diez veces las calles de la ciudad, pasando por todas las tiendas y ventanas, que de algun modo puedan interesar á él ó á ella, y ladeando con indecible habilidad y frecuencia su trineo, y vuelve á su casa ya tarde muy contento por este delicioso placer, que probablemente llamaría de otro modo su fatigado y sudoso caballo.

Tambien para la diversion de los que no pueden tener un carruaje propio, hay innumerables ómnibus que cruzan la ciudad en todas direcciones. Naturalmente los coches-ómnibus tienen que colocarse sobre trineos, y seguramente no pueden presentarse como modelos de belleza; pero la corta duración de sus viajes disculpa en algun modo su desagradable aspecto.

Lo que mas llama la atención del público aficionado á las partidas de trineos, son los grandes y originales

carruajes de esta clase que en semejante tiempo recorren las calles principales. Sobre dos pequeños trineos inferiores hay una gran caja con bancos á los lados, fuera por detrás la escalera de entrada, y alrededor una gran tabla sobre la que saltan con frecuencia los aficionados en los momentos de mas velocidad en la carrera. La parte delantera del trineo es propiamente la obra maestra, el salon, y sobre su tejado hay además un sitio descubierto, á donde por ambos lados sube el público por una estrecha escalera. Arriba se divierten tambien viendo al cochero que dirige un tiro de seis fogosos y adornados caballos y á otro hombre que con un gigantesco látigo los excita continuamente á la carrera. Desde luego se comprende que el salon es la parte mas elegante del trineo, y por lo tanto se halla ostentosamente tapizada y provista de grandes y ondulantes cortinas. Treinta ó cuarenta personas de diversos sexos y estados se divierten de este modo la mitad del día corriendo de un extremo á otro de la ciudad, para de allí volver á empezar de nuevo.

Quákaros.

Segun ellos, su religion existe desde Jesucristo, que dicen fué el primer quákaro, y estuvo oculta desde entónces en el corazón de algunos fieles hasta el año de 1542, en que Jorge Fox, primer inventor de esta secta, comenzó á predicarla en Inglaterra, sin que le impidiese el hacerlo la prisión, los azotes y otros castigos. Tuvo muchos prosélitos, que fueron perseguidos en tiempo de Cromwel y de Carlos II.

Los principales artículos de la religion de los quákaros consisten:

I. No dar á los hombres ningun tratamiento de honor ó distincion, como excelencia, señoría, majestad, etc., ni hacerles ningun cumplimento que huela á lisonja.

II. No arrodillarse delante de ningun hombre, ni quitarse el sombrero.

III. No usar en el traje, de ninguna cosa superflua que induzca á vanidad.

IV. No jugar, cazar ni asistir á los teatros, diversiones, etc., lo que segun ellos no conviene al silencio, gravedad y prudencia que deben tener los cristianos.

V. No jurar sobre el evangelio, no solamente en vano y en la conversacion, sino aun delante de los magistrados, pues un quákaro para ser creído no debe responder mas que *si ó nó*.

VI. Ultimamente, no hacer resistencia á los que los acometan, no ir á la guerra, ni pelear con nadie por ningun motivo.

Sin embargo, desde Jacobo II son ménos numerosos los quákaros; sus mujeres usan ya telas de seda, y sus hijos pretenden empleos, y muchos se han hecho protestantes para obtenerlos.

Aneédoia.

Paróse á la puerta de una posada un antiguo militar, que por efecto de las heridas recibidas en campaña, llevaba postizos la mayor parte de sus miembros. «Tenga Vd.,» dijo quitándose un ojo de cristal y entregándose á la posadera, que se quedó sorprendida de lo que veía; pero la sorpresa de esta se convirtió en asombro, y el asombro en terror pánico, cuando el militar, aflojando los tornillos correspondientes, se quitó primero una pierna y despues un brazo, encargando siempre que se tuviera cuidado de todas aquellas piezas. Excusado será decir que la pobre posadera estaba consternada, confusa, y no sabiendo ya si obedecer ó huir de un hombre que en su concepto tenia mas trazas de brujo ó de demonio que de persona humana. El hombre fraccionable observando la turbación de la pobre mujer, y queriendo divertirse á costa de ella, hizo como si se aflojaba un tornillo que fingia llevar en el cogote, y encorbándose hácia adelante y dirigiéndose á la espantada posadera, exclamó con voz de trueno:

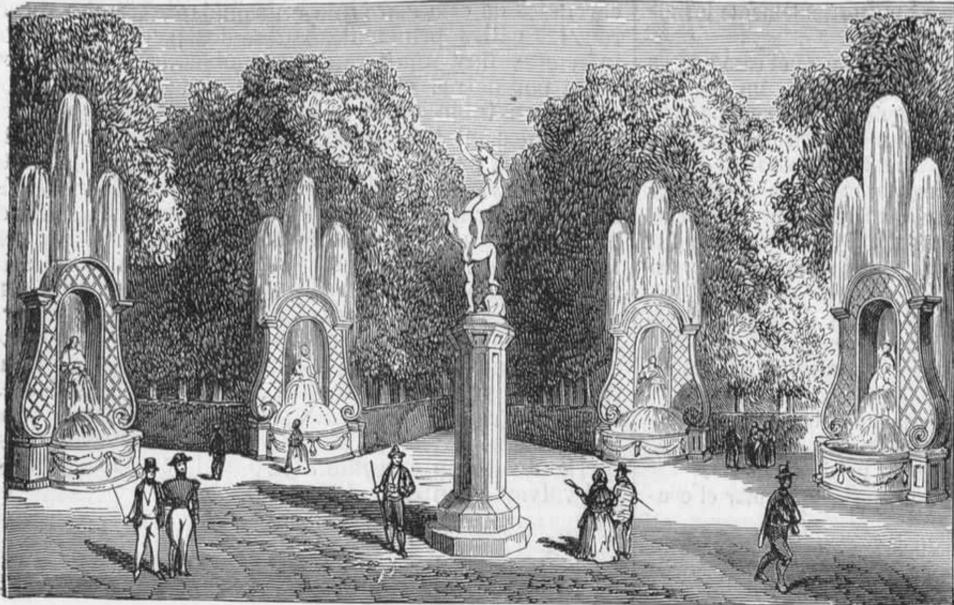
— ¡Tire Vd. de esa cabeza!

Pero la pobre mujer léjos de obedecer huyó como alma que lleva el diablo, echando á rodar por el suelo el brazo, el ojo y la pierna del hombre atornillado, que se reía como un tonto de aquella partida, en que nadie mas que él salia perdiendo.

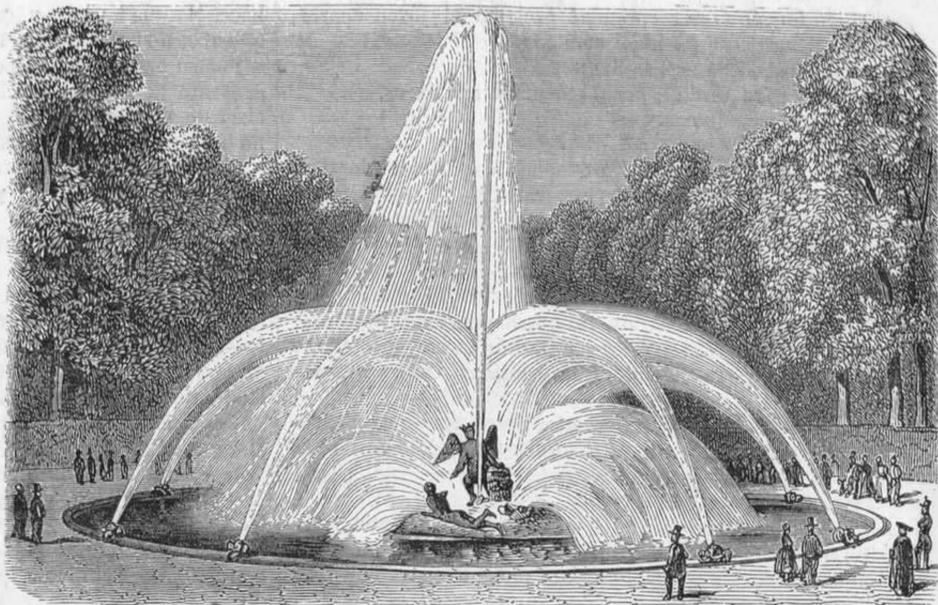
La Granja

Ó EL REAL SITIO DE S. ILDEFONSO.

En 1719, el joven rey, Felipe V, oprimido bajo el peso de sus grandezas y meditando ya la abdicación de aquella corona que habia puesto en combustion á la Europa y á la Francia al borde de un abismo, el rey Felipe V, decimos, apenas restablecido de las emociones todavia recientes de la guerra de sucesión; cansado de las revoluciones y de las intrigas palaciegas lo mismo que del yugo colectivo de la princesa de los Ursinos y de Alberoni; lleno aun de los recuerdos y de sentimiento por la pérdida de su esposa la dulce reina María Luisa de Saboya; habiendo para colmo de desdichas, contraído



Plaza de las Ocho Calles.



Fuente de Éolo.

segundo matrimonio con Isabel de Parma que tenia un carácter altivo y dominante; resuelto á sustraerse á tantas agitaciones que no cuadraban bien á su débil complexion ni á su alma melancólica, quiso como el Alcesto de Moliere, de quien solo participaba la tristeza, buscar en algun punto de España,

.....Un endroit écarté
Où d'être homme de rien on eût la liberté.

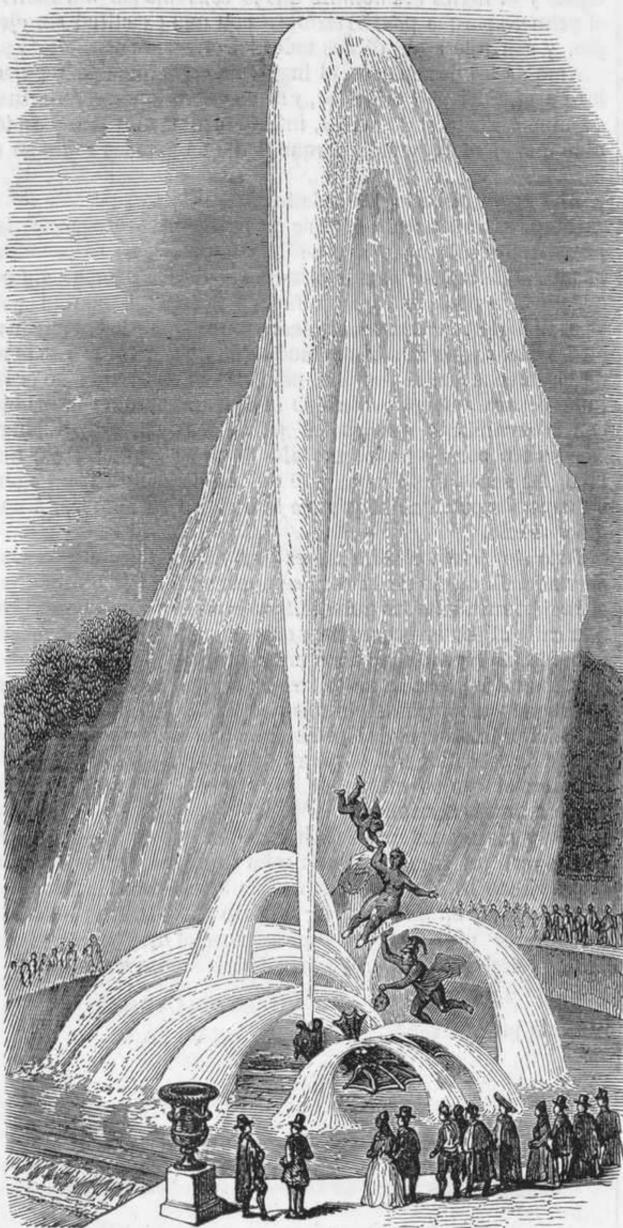
Este asilo favorable al reposo del espíritu, al olvido de los dolores, creyó haberlo encontrado á quince leguas de Madrid, en el camino y cercanías de Segovia, en el seno de una naturaleza variada, árida, salvaje, cuyas montañas conservan la nieve todo el año, produciendo el murmullo de las cascadas y los torrentes de agua fria y cristalina, deslizándose por entre el sombrío y eterno ramaje de los pinos, semejantes á los de los Alpes.

En este lugar habia una capilla construida por el rey Enrique IV (1450) dedicada á S. Ildefonso y encomendada á los frailes de S. Gerónimo que tenian allí sus propiedades. Cuando se quemó el sitio real de Balsain, situado á media legua de distancia, en tiempo de Carlos II, la comunidad de S. Gerónimo ofreció á dicho rey la Granja ó posesion de S. Ildefonso, que la mencionada hermandad habia debido á la munificencia de Fernando el Católico en la gloriosa época de la conquista de Granada. Pero las cosas se hallaban en el mismo estado, y hasta Felipe V no fué aceptada la oferta de los Gerónimos, que recibieron en premio la posesion real de Riofrio y una parte de la sal que contenian los almacenes del Estado.

Hasta en el disgusto y desencanto del mundo las almas débiles imprimen en todos sus actos el sello de la frivolidad. Carlos V desilusionado, y Felipe II al borde de la tumba, pensaron en el Escorial: Felipe V concibió y llevó á cabo un sitio de recreo. Este monarca languidecia lejos de Versalles: tal vez era esta la causa íntima y profunda del secreto pesar que le devoraba. Decretó, pues, que Versalles fuese trasladado á quince leguas de Madrid, y empezó á realizar el magnífico sueño de su abuelo á pesar de los obstáculos que parecia deber oponer á su real fantasía una naturaleza indómita, rebelde y arenosa cual era la del lugar de la antigua cita de caza de Luis XIII.

Todo el terreno de la monacal Granja fué removido completamente, haciéndose entre otros trabajos un gran estanque para depósito de las aguas, al que por sus grandes dimensiones se dió el nombre de Mar. Hicieron en fin todas las obras con extraordinaria rapidez, de modo, que en 1723 el palacio pudo ponerse á la disposicion de su real propietario. De las habitaciones que componian este palacio, la mitad se destinaron á la morada del rey, y la otra mitad á servir de Museo, que fué desde luego enriquecido con una preciosa coleccion de cuadros pertenecientes á la corona y otros objetos artísticos. La capilla estaba tambien concluida y el Patriarca de la Indias hizo la solemne consagracion.

El rey estaba tan contento de su obra y del modo con que sus ingenieros la habian ejecutado, que desde el siguiente año (1724) abdicó en favor de su hijo Luis I, á fin de pertenecer y entregarse de lleno á las delicias de su magnífica Granja.



Fuente de Andrómeda.

¡ Pero los reyes proponen!... Dios llamó á sí al jóven Luis I despues de un reino nominal de algunos meses, y Felipe V debió contra su voluntad volver á empuñar el cetro, de cuyo peso le alivió en parte su esposa Isabel de Parma, con lo que pudo continuar embelleciendo á su manera y habitar la mayor parte del tiempo su sitio predilecto, su amado S. Ildefonso.

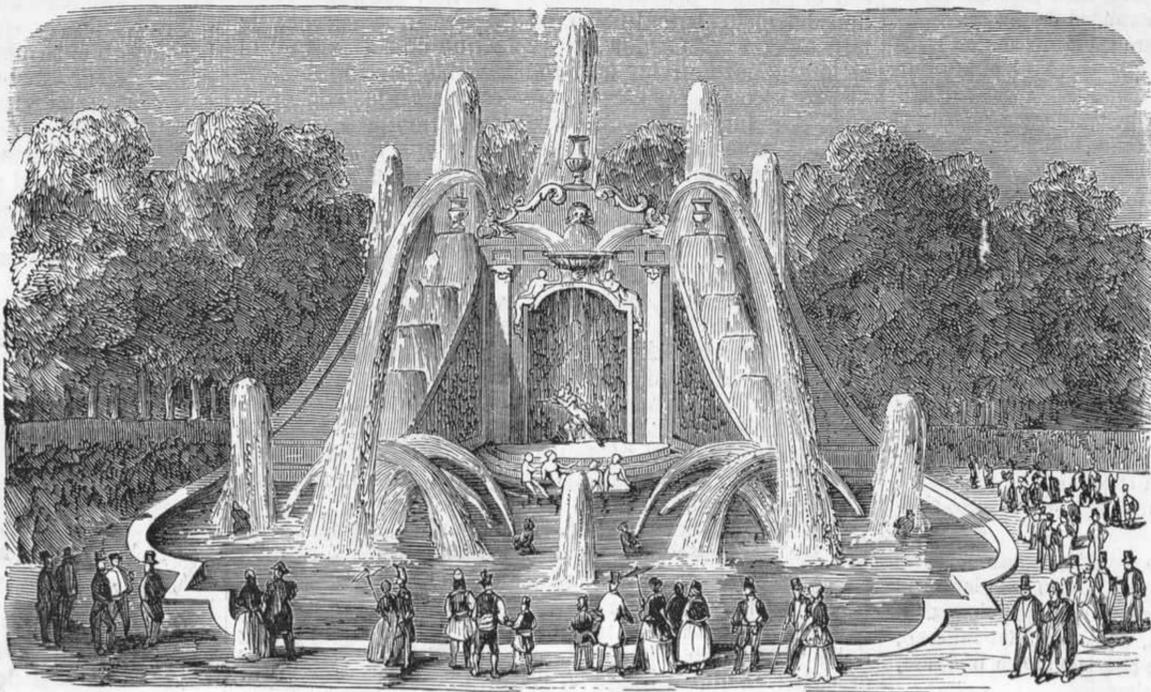
Para esto hizo añadir una iglesia colegiata y vastos edificios destinados al servicio de su real casa y de sus huéspedes. Por su orden la excelente galeria de cuadros y estatuas de la reina Cristina de Suecia fué comprada en Roma, y pasó á aumentar los tesoros artísticos de la Granja.

Despues de la muerte de Felipe V (1746), la reina viuda fundó, en San Ildefonso, la soberbia fábrica de cristales que subsiste aun, y que merece citarse entre las mas útiles é interesantes del mundo.

Carlos III dió la última mano á la Granja, complaciéndose en habitarla todos los años desde julio á setiembre. Este ejemplo fué seguido por Carlos IV y por los demás soberanos de España, que todos los años van á pasar la estacion de los calores á este Versalles de la Peninsula.

La vista que se ofrece desde el palacio, es un valle cerrado por altísimas montañas de un aspecto triste pero grandioso. La fachada principal de dicho palacio que da á los dos jardines tiene cierto encanto, sin constituir una obra digna de figurar de un modo extraordinario en la historia monumental de Europa. En cambio de esto las obras de arte abundan allí formando una galeria de las mas interesantes. En las cercanías del palacio se agrupan en gran número las casas de las familias mas principales de Madrid, los palacios de los ministerios que se trasladan todos los años mientras permanece la corte en el sitio, y la fábrica de cristales, donde se fabrican piezas de ciento treinta pulgadas de longitud por setenta y dos de latitud, todo lo cual contribuye al esplendor de la augusta residencia.

Pero sobre en los jardines y en las obras hidráulicas es donde hay que admirar la magnificencia del melancólico heredero del infortunado Carlos II. Las cascadas, imitadas de Versalles, ascienden al número de veinte, siendo muchas de ellas de primer orden y del mas agradable efecto. La parte hidrodinámica es asombrosa, pudiendo asegurarse que aventaja en mucho á la de Versalles. Los límites de este artículo no nos permiten dar una descripción de todas las fuentes, pero dirémos algo de las mas importantes.



El Baño de Diana.

PLAZA DE LAS OCHO CALLES. — Esta es un octágono formado por la vegetacion, que tiene una hermosa fuente en el centro, otra en cada ángulo, y por los ocho lados abre paso á otras tantas calles de árboles, en cada una de las cuales se ve otra fuente á poca distancia; de modo que desde el centro de dicha plaza se ven á un tiempo diez y siete fuentes formando juegos de aguas de los mas caprichosos y variados. El grupo del centro representa el rapto de Proserpina.

FUENTE DE ÉOLO. — De primer orden. — Esta fuente ocupa el centro de un pequeño bosque; es de forma circular, y está rodeada de gracioso césped. En el borde del pilon hay ocho mascarones que arrojan sobre una isla de roca otros tantos caños. Del centro de dicha isla sale

el dios Eolo sujetando diez y seis cabezas de los vientos que proyectan en todas direcciones sus ondas. En medio de esta anarquía armoniosa, un dragon que el dios arroja al suelo lanza un caño de agua que se eleva próximamente á ochenta piés de altura. Todas estas figuras son de plomo, y están pintadas remedando al bronce.

FUENTE DE ANDRÓMEDA. — *De primer orden.* — Esta fuente es redonda, y derrama sus aguas en una cascada cuya vertiente está formada por dos pilones de mármol blanco. En el centro está Andrómeda encantada sobre una roca, y recibe su libertad de un amor que descende hácia ella apresurándose á romper sus cadenas. Debajo, el monstruo marino, echado, con las alas abiertas, y la cabeza levantada, expira bajo los golpes de Perseo que hiere con una mano teniendo la cabeza de Medusa en la otra. El monstruo echa toda su sangre por sesenta y tres heridas de que está acribillado su cuerpo, y de su boca abierta sale un chorro que se eleva á la altura de ciento y tantos piés.

EL BAÑO DE DIANA. — *De primer orden.* — Esta bellísima fuente está ingeniosa y felizmente acomodada á un frontispicio de piedra de 50 piés de altura. Tres pilones se destacan en este pórtico: el segundo domina á los otros dos, y entre los tres hay dos leones desgarrando á dos dragones, lanzando unos y otros caños de agua que producen el efecto mas agradable. En el centro, y entre las gradas de la fuente se ve una gruta donde se guarece Acteon dando un concierto á Diana en tanto que esta se baña rodeada de algunas ninfas que la asisten, y de otras que llenan el baño jugando con los cisnes y los delfines.

FUENTE DE LA FAMA. — *De primer orden.* — El pilon circular de esta fuente, verdadera maravilla en su género, está rodeado de césped. El caballo Pegaso que sostiene á la Fama se encabrita en la cima de una roca; pero lo que hay de prodigioso en esta fuente es el caño de agua que sale de la trompeta de la Fama con una fuerza ascensional de diez metros por segundo, elevándose lo ménos á ciento sesenta piés; sobre lo cual dice un escritor francés que « los cielos tiemblan, y hay motivo para ello. » A los piés de la Fama se ven los *Vicios* cayendo en el abismo que se inunda muy pronto con el agua del Ebro, Duero, Tajo y Guadalquivir, principales rios de España.

FUENTE DEL CANASTILLO. — *De primer orden.* — Esta fuente no tiene semejanza con ninguna de las de Versalles. El pilon es circular y tiene en el centro un gran Canastillo de flores y de frutas sostenido por cuatro cisnes al rededor de los cuales hay cuatro ánades que sostienen tambien una corona. La disposicion de todas estas piezas es sencilla, pero sus juegos de aguas tienen el efecto mas sorprendente. Los caños son en número de cuarenta, y uno de los cuales hay 32 oblicuos y tres de ellos se levantan á la altura de noventa piés. Algunas veces sucede que los caños oblicuos se lanzan con demasiada violencia por un golpe de mano del maquinista, y las aguas bajan á refrescar á los espectadores curiosos que se han adelantado mas de lo que la prudencia aconseja. Esta fuente, en el estado normal, presenta el mas bello aspecto, y á no ser por las obras de escultura y su profano motivo, se diria que el ingeniero

quiso realzarla remedando en su forma un monumento sagrado.

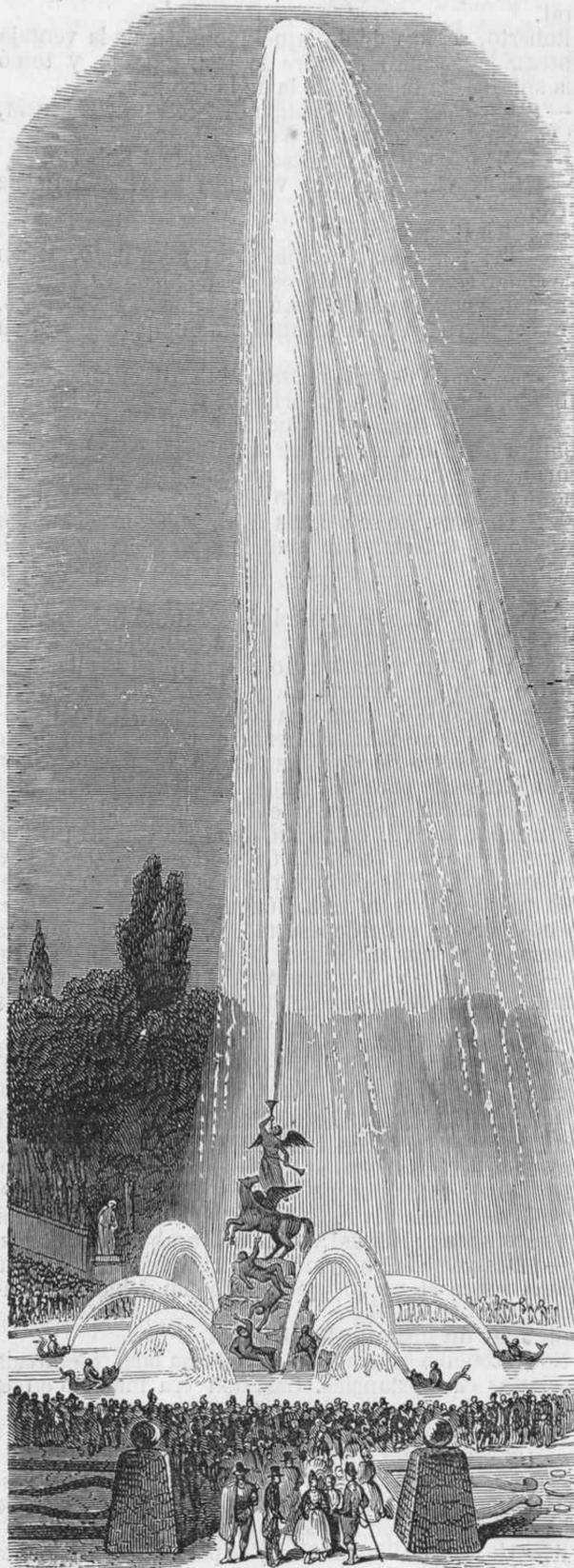
FUENTE DE LAS TRES GRACIAS ó de Anfitrite. Esta fuente cuya parte inferior está ocupada por las tres Gracias, se halla delante de la fachada del palacio: es bella y graciosa como podrá comprender el lector fácilmente por la idea que da el grabado, el cual nos dispensa de hacer su descripción.

Hay otras fuentes importantes entre las cuales merecen citarse las de *Latona*, las *Ranas*, el *Albanico*, *Neptuno*, los *Dragones*, etc., etc. Todas de mucho mérito artístico en su construcción y sobre todo por los juegos de aguas en que como es bien sabido no tiene rival entre los sitios reales de Europa el de San Ildefonso. Los franceses firmes en su sistema de rabajar todo lo que no les pertenece, dicen que la Granja es una falsificación de Versalles, confesando que es un sitio de todos modos rico y grandioso. Pero no todos hacen esta concesion, pues M. Custine en su obra titulada la España bajo Fernando VII, dice lo siguiente: « El sitio real de San Ildefonso se parece á Versalles como Felipe V á Luis XIV. » con lo cual quiere dar á entender sin duda que la Granja es una pobre casa de campo comparada con Versalles lo que arguye muy poca imparcialidad.

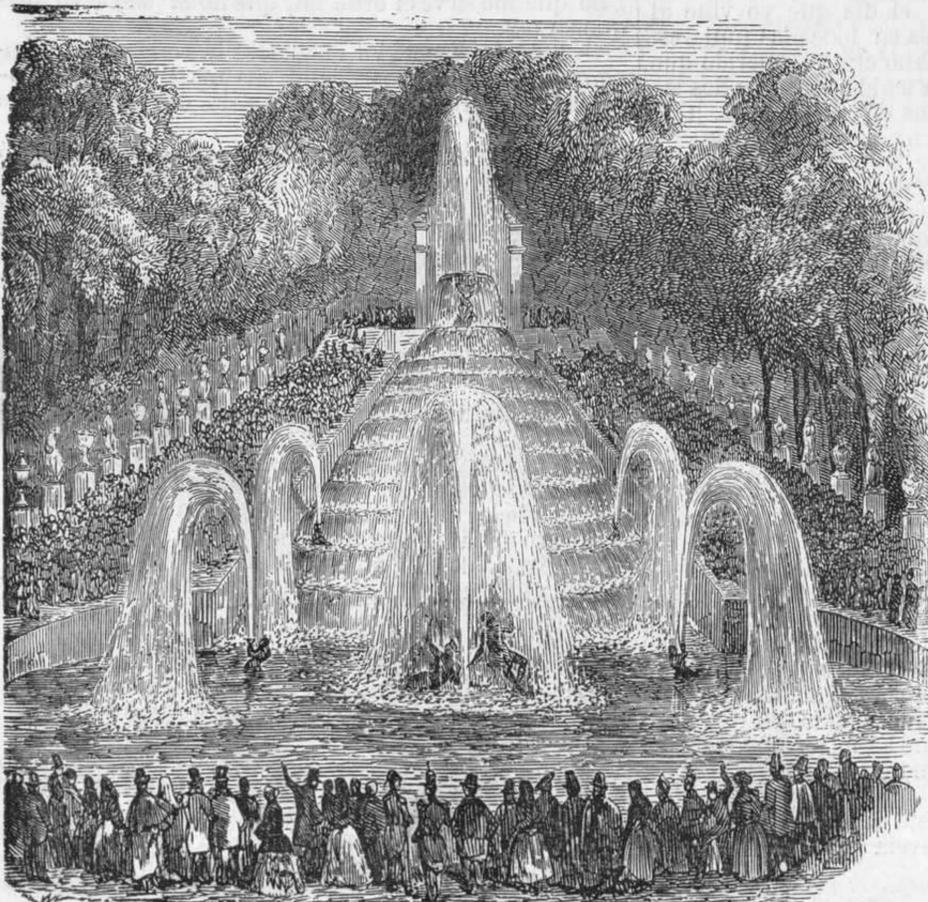
No negarémos nosotros el mérito de Versalles, juntamente célebre por su palacio y por sus jardines; pero si la Granja es una parodia de la suntuosa morada de Luis el Grande, debemos decir sin rodeos que la parodia en algunos conceptos supera á la obra original. Seguramente el palacio de Versalles es mas rico y grandioso que los de todos los sitios reales de España, pero tambien puede decirse que no hay en Francia mas palacio real que el de Versalles que sea digno de llamar la atención, y este palacio á pesar de sus grandes dimensiones, es tan inferior al de Madrid, como los jardines y fuentes de Versalles son inferiores á las fuentes de la Granja y á los jardines de Aranjuez. Hay efectivamente en el sitio, casi único, de los reyes de Francia, elegantes fuentes, pero estas tienen en sus caños tan poca fuerza ascensional, que presentan en sus juegos mucha pobreza sin carecer de gusto y de elegancia. Lo mismo decimos de los jardines, que ciertamente están cultivados con esmero; pero su vejetación aunque fresca, pero sin color ni perfume, es lo que buenamente puede ser en un clima frio, y no lo que es en Aranjuez, sitio delicioso, enriquecido por treinta y tantos millones de árboles, é inundado por doquier de flores cuyos colores y aromas no se conocen en los países septentrionales. Lo que no tenemos en España es esa trompa francesa que llena al mundo con su propio panegírico, pudiendo caracterizarse á las dos naciones con este solo paralelismo: Hay en Paris una casa irregular y pequeña que lleva el pomposo nombre de *La gran Posta*, y hay en la Puerta del Sol, en Madrid, un hermoso palacio que tiene el modesto título de *Casa de Correos*.

Por lo demás insistimos en declarar que para nosotros el sitio de Versalles es grandioso, y algunas veces lo hemos contemplado hasta con veneracion; pero esto no impide que unamos el entusiasmo á la justicia de los elogios que todo hombre imparcial debe tributar á los sitios reales de España, entre los cuales figura dignamente la Granja por sus bellezas artísticas, tanto como por los encantos locales de un terreno pintoresco y de un clima delicioso.

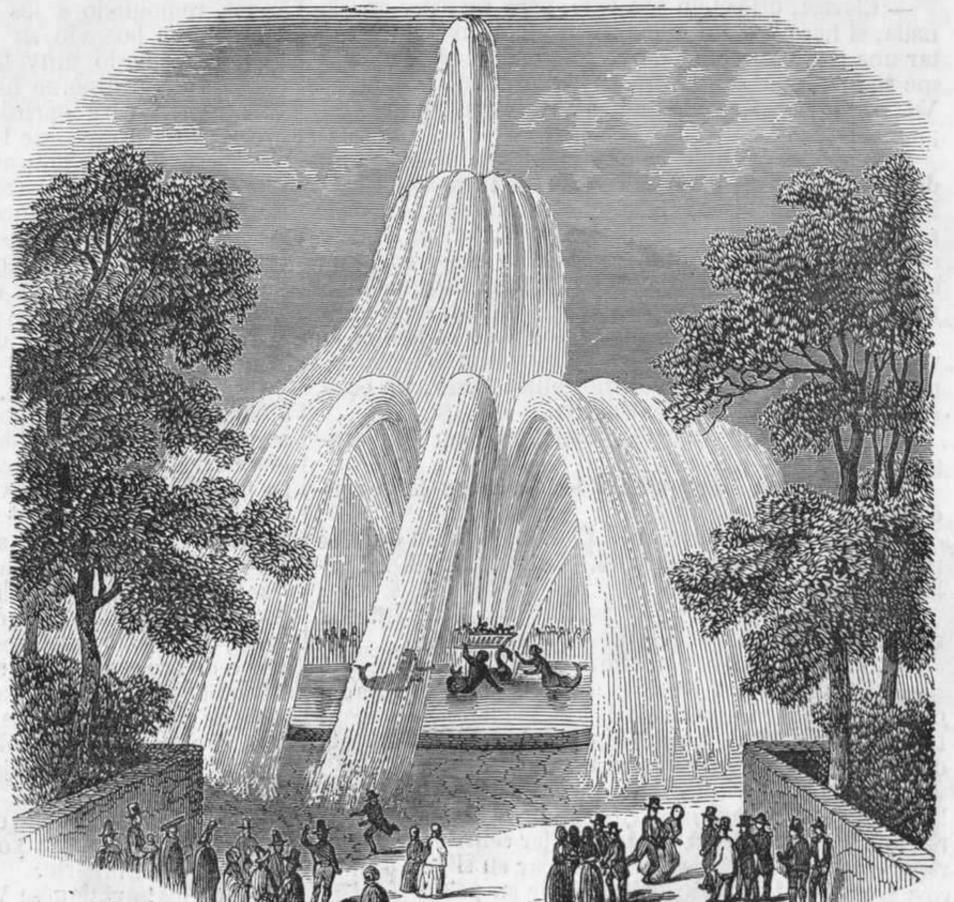
J. P.



Fuente de la Fama.



Fuente de las tres Gracias ó de Anfitrite.



Fuente del Canastillo.

LOS CAPRICHOS DEL CORAZON.

NOVELA.

(Conclusion.)

III.

En dos saltos, el atrevido se encontró en el tocador, plantándose fieramente en frente de Clarisa, á quien saludó de una manera suelta y desembarazada; echóse despues á sus piés, é hizo demostracion de querer tomarle la mano.

Pero la condesa no tenia sus manos á la disposicion del primer adversario que tuviera el capricho de encaramarse por las ventanas. Despues de cruzar inmediatamente la bata un poco suelta sobre el pecho, dirigió al temerario una mirada severa, que lo dejó clavado en el sitio.

Quizás no es inútil para la edificacion de nuestros nietos ó biznietos, y la instruccion de sus sastres, el dar cuenta detallada del traje de este personaje. Tenia este ese carácter oficial de alta importancia que emana habitualmente de todo lo que sirve para vestir ó adornar á un ministro responsable y constitucional de Su Majestad la Moda. El decreto aparecia refrendado, legalizado y debidamente publicado en la *Gaceta* por los canchilleros del Jokey-Club.

Este traje era el de los leones del verano último. Frac ancho, flotante y corto, de color de pasa, con mangas anchas, para lucir las de la camisa. El chaleco con solapa de otro color, sujeto por la cintura y suelto por el pecho. Pantalón ajustado, zapatos de charol y calcetines de color; el cuello de la camisa vuelto sobre la corbata ligeramente anudada, y el sombrero con la forma un poco mezquina que se conoce con el nombre de forma inglesa. No olvidemos el lente que los españoles llamamos viudo por ser único, con su guarnicion de oro macizo, pendiente de una cinta negra muy estrecha.

El retrato de algunas personas queda hecho, describiendo su traje. No nos queda, pues, otra cosa que hacer, sino revelar el nombre del personaje, que nuestros lectores han podido adivinar. Es Roberto de Castillon.

El traje no era enteramente de ceremonia, pero preciso es tener presente que la escena pasa en el campo, y por lo general los elegantes no se dignan honrar á la naturaleza con las pompas de sus galas, cosa de todo punto indiferente para esta. Pero volvamos á Clarisa.

Esta se hallaba en pié, indignada y encendida como la cereza mas hermosa de Montmorency.

— Caballero, dijo ella por fin, dando á su voz esa calma desdeñosa bajo la cual saben ocultar toda emocion las mujeres, me parece que habia rehusado el recibir á Vd.

— Cierto, señora, y justamente por cerrarme Vd. su puerta, me he permitido el entrar por la ventana, contestó este con mucha sangre fria.

— ¡En mi casa y á semejante hora!...

— Señora, son las diez y veinte minutos de la noche, y en el campo puede uno presentarse hasta las once sin faltar á las reglas de la etiqueta. Por consiguiente yo estoy dentro de la ley.

— ¡Tal audacia! ¡tal imperturbabilidad! ¿Tendrá Vd. la bondad de decirme que objeto lo ha traído á Vd. aquí? Su conducta de Vd. es un ultraje. Yo no sé lo que me impide haceros... echar.

Al oír esta palabra, Roberto se puso en pié, y se fué precipitadamente hácia la ventana.

— Clarisa, dijo él en voz baja, pero rápida y apasionada, si hace Vd. un movimiento para mandar ejecutar una amenaza tan odiosa, me arrojo al abismo, y me rompo la cabeza contra sus rocas. Eso, se lo juro á Vd. por lo mas sagrado que hay en el mundo para mí, ¡por mi amor!

Si la condesa se hubiera acordado en aquel momento de una de las mas preciosas escenas del *Ivanhoe*, tal vez hubiera soltado la carcajada, y el héroe singular de la parodia se hubiera hallado en una situacion sumamente embarazosa. Pero el tono, el gesto, el aire resuelto de Castillon impresionaron á Clarisa, y una imperceptible ráfaga de vanidad bastó para cegar su buen sentido.

Tembló por la vida de Roberto, poco estimable en verdad, pero ella sintió cierto deleite secreto en la impresion del terror, del cual nos burlariamos un poco, si no nos remordiera la conciencia.

— Vd. está loco, Roberto, murmuró con voz apagada.

— Sí, señora, respondió el leon con sublime sencillez.

— ¡Desgraciado! prosiguió Clarisa, que sin duda se recreaba con este pensamiento, ¡ha corrido Vd. tal peligro por llegar hasta aquí!

— Y lo afrontaré otra vez para bajar; pero ántes es menester que me escuche Vd.

— ¡Ah! ¿piensa Vd. en ello?

— ¡Es preciso! ¡es preciso! insistió Roberto con decision; pero para probar á Vd. que me han traído aquí las mas puras intenciones, consentiré en hablar delante de su doncella de Vd. ¿Qué se quede!

En verdad que un hombre que se expone á romperse la cabeza, y esto con intenciones puras, tiene cierto derecho á la misericordia de una mujer sensible. Clarisa, repuesta de su miedo, volvió á ocupar su sillón, é indicó á Felicia que se acercara á recoger su pelo.

— Pero, en nombre del cielo, ¿me dirá Vd., caballero, que motivo tan poderoso le ha hecho á Vd. que-

brantar los miramientos sociales? preguntó Clarisa con un acento que revelaba solo una sorpresa muy natural.

Roberto, seguro desde aquel momento de la ventaja conseguida, recobró su aire de leon galante, y tomó una silla bastante cerca de la de la condesa.

— Señora, contestó dejándose caer con mucha gracia, he venido á despedirme de Vd.

— ¡Ah! exclamó la condesa, mirando á Roberto.

— ¡Clarisa!... ¡no nos veremos mas! esta noche parto.

— ¡Cielos! ¿y porqué?

— ¡Oh! por nada, porque estoy arruinado. Dicen que tengo sesenta mil duros de deudas; es posible. Tengo una cohorte de judíos á mis talones. Parto, pues, pero consagro á Vd. la última hora que permanezco en Francia.

Hay modo de decir las cosas. Si Castillon hubiera titubeado, si se hubiera ruborizado, si hubiera lanzado el mas ligero suspiro, indudablemente hubiera sido hombre perdido á los ojos de la condesa. Pero habló, se sonrió, se contorneó, como pudiera haberlo hecho el duque de Lauzun confesando sus pecadillos á la señorita de Orleans. No se calcula el abismo que separa dos situaciones enteramente semejantes: — estar arruinado, ó no tener un cuarto. Esta es una vergüenza, la otra es una gloria.

— Debía á Vd. esta confesion, continuó Roberto, arrellanado en su silla y va Vd. á comprenderme. Yo amo á Vd. y me ausento; no es que quiera echarla de trágico, sino que amar á Vd. y partir debe de parecer al primer golpe de vista una cosa sorprendente. Es posible que le sea á Vd. indiferente; pero sin embargo, yo corria el peligro de que juzgara Vd. mi ausencia desventajosamente para mí. Tengo un rival; él es lord inglés, con muchas rentas, y se dice que se le ha otorgado su mano de Vd. en virtud de cierta promesa hecha *in articulo mortis*. Todo esto da muchas ventajas á lord Rutland, y huir es declararme vencido. Yo no he querido que se dijera tal cosa. Júzgueme Vd. como guste, ménos por un cobarde asustadizo. Si no continuo la guerra, es porque me faltan los recursos, y nada mas.

— ¿Y á dónde va Vd.? preguntó Clarisa, que no pudo dominar un movimiento de interés natural, ¿y qué va Vd. á hacer, si está Vd. arruinado?

— Voy á Inglaterra á hacerme levantar la tapa de los sesos.

— ¡Ay, Dios mio!

— A fe mia, sí. Pero tranquilícese Vd., señora, yo no he venido aquí á hacer un melodrama. Le digo á Vd. esto tan sencillamente como lo he concebido. Tómelo Vd. lo mismo; me mato porque con la mejor voluntad del mundo no podria vivir. Una fortuna perdida, un amor sin esperanza; ¡ruinas!... Mas vale acabar de una vez.

— ¡Desgraciado! murmuró Clarisa dejando caer la cabeza sobre el pecho; ¡era así como debia Vd. concluir!

Siguióse un instante de silencio.

No se concibe cuán útil es una pausa bien combinada en ciertas circunstancias. Castillon era maestro en la materia.

De repente soltó una carcajada seca y nerviosa.

— ¡Pardiez! dijo como hablando consigo mismo, divertida historia es la mia. Yo he amado las mujeres, ¡oh! pero con delirio... con entusiasmo, solo que nadie sabe lo que habia en el fondo de mi amor.

Roberto se habia levantado, y se paseaba rápidamente por la habitacion.

— Yo creia, ¡Dios me lo perdone! que habia en él una virtud. Privado de la sonrisa de mi madre, pobre ángel, remontado á los cielos el dia que yo vine al mundo, he buscado su sonrisa en todas las mujeres. ¡Ah! lo recuerdo muy bien; hubiera yo querido que el género femenino no hubiera tenido mas que dos labios de rosa para oprimirllos los dos de una vez. ¡Qué quiere Vd.! se cree que la felicidad se halla en aquello de que carecemos. Educado por hombres, duros ó indiferentes, la mayor parte imbéciles, contemplaba á las mujeres como á redentores. Pero, ¡basta! una vez desengañado, mejor hubiera sido, á mi parecer, dar el salto de Léncate. Tantas queridas, otros tantos errores; yo las amaba á ellas, y en vez del amante, ellas solo amaban el amor. No nos entendiamos.

Roberto se dejó caer de nuevo en su asiento como abrumado.

— Yo buscaba siempre, continuó con voz mas lenta, á pesar de mis desengaños, yo continuaba amando ese sexo, al que hubiera debido mi madre, si mi madre hubiera vivido. Algunas veces en mi despecho, comparaba las mujeres al plomo vil, fundido por las mas bajas pasiones; pero nunca dejaba de buscar un grano de oro en el fondo de aquel ardiente crisol.

— Caballero... dijo Clarisa interrumpiéndolo, mientras que sus labios temblaban con una emocion desconocida, ese lenguaje... no puedo yo escucharlo...

— ¡Oh, Vd. lo oirá! respondió Roberto; porque ese grano de oro, esa mujer soñada tan largo tiempo, ese salvador que yo aguardaba, ha pasado un dia por delante de mí, con la frente resplandeciendo con una belleza divina. ¡Oh felicidad! no me habia engañado; ¡habia en el mundo una mujer digna de mi amor!...

— ¡Roberto!

— Vd., señora. Pero, ¡contraste de la suerte! En ese amor supremo, en que yo entreveia la vida, he venido á encontrar la muerte.

— ¡Cielos! explíquese Vd.

— Clarisa, Vd. es un ángel, y por Vd. he despreciado á todas esas mujeres, á todos esos demonios encan-

tadores de mi juventud, y sin embargo, ¡el ángel me ha perdido!

La condesa estaba muy agitada, y miraba á Roberto con ojos que revelaban juntamente el terror, la compasion, tal vez la simpatia; evidentemente Clarisa se enternecia.

— Se necesitaba ver á Vd., continuó Roberto, dejándose caer á los piés de la condesa; era necesario seguir á Vd., rodearla á Vd. de homenajes por todas partes, en los altos círculos donde Vd. brillaba, ¡Clarisa! En Baden, en Suiza, en las carreras de caballos, en las fiestas, siempre queria presentarme á los ojos de Vd. para decirle constantemente mi amor. Y el amor solo no era bastante; se necesitaba oro, y lo pedí. A medida que yo lo derramaba locamente, los que se conjuraban en mi ruina me daban cada vez mas. No sé ni lo que he prometido, ni lo que me han hecho firmar. ¿Sabe Vd. lo que es un prestamista? Es una especie de rueda dentada, que comienza por agarrar el extremo de un dedo, despues la mano, el cuerpo, el alma y la vida, hasta que todo lo rompe, lo desmenuza, y lo hace desaparecer. ¿Qué mas diré? Cada una de las sonrisas que como un rayo de luz ha descendido de los labios de Vd. hasta mí, me ha costado un pedazo de mi mismo...

— Roberto, ¡eso es horrible!

— ¡Y qué importa! Morir por Vd., Clarisa, lo considero una felicidad. ¿Estaría yo ahora en este sitio, si no debiera morir mañana? ¿Osaria yo hablar á Vd. de este modo? ¿La vería á Vd. conmovirse por mí? ¿Vería correr sus lágrimas de Vd.?... ¡Qué vale una vida para pagar semejante don! Adios, Clarisa. Voy hácia la eternidad con paso tranquilo. Al dejar este mundo, llevaré conmigo su imagen de Vd... ¡Esto es bastante para desafiarse la muerte!...

Al acabar de decir estas palabras, Roberto se levantó, y se dirigia á la ventana.

— ¡No, no! exclamó Clarisa en el colmo de la emocion; ¡no, no morirá Vd., Roberto... ¿Porqué quiere Vd. morir?

— Es cierto, ese grito me haria sentir la muerte; gracias, Clarisa; ese grito aumentará mi futura felicidad.

— ¡Roberto, deténgase Vd.!

— No puedo. Escuche Vd., Clarisa; las doce se oyen en el reloj del pueblo; esta conversacion debe concluirse; el decoro lo exige. Adios, no me detenga Vd. mas.

— Es imposible, no partirá Vd. sin prometerme.... Escúcheme Vd.; Vd. es bastante noble, para que no me avergüence lo que voy á decirle. No, espere Vd., Dios mio, no pensaba en ello. Tome Vd. estas dos letras para el señor N...; eso basta. El señor N... es mi banquero, y no habrá la menor dificultad. Si tuviera aquí dinero, se lo daría á Vd.

— ¡Clarisa, ni una palabra mas!

— ¡Oh, Dios mio, capaz es de rehusar!

— ¡Antes mil muertes!...

— ¡Roberto, lo exijo!

— ¡Jamás!

— Se lo suplico á Vd. ¡Oh! no se niegue Vd.; quiero reparar el mal involuntario que he causado; no puede Vd. negarse. Yo soy rica; tome Vd. esto; tómelo Vd., Roberto, ó me ve Vd. caer muerta á sus piés.

Al decir esto, Clarisa alargaba un papel en que acababa de escribir rápidamente dos palabras; pero Roberto rechazó suavemente á la condesa, y le dijo con un acento mezclado de ternura y orgullo.

— Jamás recibiré nada de manos de la compasion, señora. Si ella sola la inspira á Vd., no insista Vd. mas. ¿De qué me sirve el oro á mí, que no la pido á Vd. mas que su mano?

— Roberto, acepte Vd., balbuceó la condesa, al tiempo que cubria el rojo carmin sus mejillas. ¡Ah, Roberto! ¡el rubor de mi frente debe de impedir el de Vd.!

Roberto se sintió vencido con esta declaracion, lanzó un grito de amor, y se arrojó á los piés de Clarisa, con los ojos bañados de lágrimas (él tambien tenia lágrimas), y tendió la mano para recibir la prenda de una compasion tan tierna. Pero Felicia, que habia escuchado toda la escena con mucha atencion, se precipitó entre los dos, y cogió el papel de manos de Clarisa.

Este fué un golpe teatral muy bonito.

Roberto palideció, abrió los ojos con cólera, y se levantó sin decir una palabra.

Clarisa aturdida con la inaudita audacia de la doncella, no sabia que pensar. Miró á Castillon, vió lo turbado que se hallaba, y casi súbitamente le ocurrió una idea muy extraña. En lugar de dirigirse á Felicia con aire enfadado, se contentó con preguntarle en voz baja el motivo de tal procedimiento.

— Recoja Vd. este papel, dijo con firmeza Felicia; he recibido instrucciones con este objeto. Ese caballero se halla vigilado.

— ¿Está Vd. loca, Felicia?

— No lo creo, señora. Por lo demás, permita Vd. que presente á dos personas que no esperan mas que una señal, y que explicarán á Vd. esto mejor que yo podria hacerlo.

Hablando así, la doncella se dirigió á la puerta, que parecia conducir á las habitaciones interiores, é indicó á Clarisa con un gesto que al punto iba á volver.

— ¿Qué va á hacer en la habitacion de mi tia? murmuró la condesa llena de sorpresa, ¿y qué significa esto?

— Esto significa, señora, que me han dado jaque y mate, respondió Castillon desvergonzadamente. No se

necesita mucho talento para conocer que soy víctima de una trama... indigna.

Apénas dijo esto, saltó sobre el balcón, cruzó el baldaire ágilmente, y se dispuso á desaparecer por el camino peligroso por donde habia venido. Sin embargo, volviéndose hácia la condesa:

— Clarisa, le dijo, enviándole un beso con la mano que tenia libre, Clarisa, el hado que preside los destinos humanos, es un malvado antojadizo. Si me hubiera dejado triunfar esta noche, que el diablo me lleve, si no pensaba hacerme mas discreto que un Grandisson. Lleno de amor y arruinado, solo pedía al cielo dos tesoros por precio de mi conversion: su corazón de Vd. y su fortuna. Las dos cosas se me escapan, pero confiese Vd. que he estado muy cerca de atrapar el uno y la otra. ¡Basta! ¡Boga galera! Lo mismo da, condesa, te amo como un loco.

Roberto Castillon no tuvo por conveniente decir mas, y bajó al tiempo que se abría la puerta que Felicia habia cerrado tras de sí.

IV.

En obsequio de Clarisa se debe decir, que desde la aparicion de Roberto se habia sentido dominada por una penosa impresion. No solo sentia el murmullo de su conciencia, sino tambien la delicadeza de la dignidad de su sexo. Sin embargo, una mezcla confusa de exaltacion y de compasion, algunos recuerdos de las galanterías locas, pero un poco caballerescas de Roberto, todo esto, y hasta el prestigio inseparable de la atrevida manera con que se habia introducido, causaron en Clarisa una fascinacion pasajera.

El desenlace tan singular como inesperado de la escena inspiró de nuevo á la condesa su primer terror. Estaba como bajo la influencia de uno de esos sueños que causan al alma y los sentidos los vagos dolores de una tortura indefinible, cuyo peso se siente sin poder adivinar su procedencia. Pálida y con la frente bañada de sudor ardiente, miraba á Castillon balanceándose en la parte exterior del balcón; y aquella figura, sujeta tambien á cierto vértigo, tomaba á sus ojos aspectos extraños; los oídos le zumbaban, y no le transmitian las palabras de Roberto sino como sonidos confusos y discordantes. Un minuto mas, y Clarisa se hubiera desmayado; pero la puerta que se abrió en aquel momento la llevó una corriente de aire que la refrescó. Clarisa se volvió, dió un grito de desahogo, y corrió á precipitarse en los brazos de la canonesa, que apareció en el umbral.

— Observa, Clarisa, dijo su tia besando á la condesa; mucho agradezco tus caricias, pero conviene que guardes algunas para los demás.

Al decir esto, la señaló un elegante personaje que la daba el brazo. Era un hombre como de treinta años de edad, fisonomía llena de dulzura y expresion, con todos los caracteres de una educacion distinguida. Clarisa bajó los ojos, y tendió la mano á Rutland.

— ¿Pero qué veo? continuó la canonesa, dándose prisa á sentarse en un sofá, porque sus años no la permitian permanecer mucho tiempo en pié; ¿el gavilán ha huido? Lo siento á fe mia, porque pensaba reirme á su costa. ¿Te se lleva algun dinero, paloma mia?

— Señora... quiso balbucear Clarisa en el colmo de la confusion, pero sus palabras murieron sin llegar á sus trémulos labios.

— Pronto, pronto, repuso la canonesa; cuéntenos Vd. su historia, milord. Vas á ver, Clarisa; es un cuento que hace morir de risa. Milord me lo ha dicho en conjunto, y por otra parte, ya tenia yo alguna noticia de él. ¿Sabes que es un hombre muy divertido el bueno de Castillon? Escucha bien.

— Antes de empezar, señora condesa, pido á Vd. mil perdones por la singular hora que he escogido para visitar á Vds...

— Despues de quince dias de rigor, interrumpió Clarisa con un suspiro involuntario.

— Diga Vd. quince dias de destierro y sufrimientos, replicó Rutland en voz baja.

— Bueno, bueno, dijo la canonesa, que adivinó lo que no oyó completamente; mas tarde pensaremos en hacer las paces. Yo sé lo que duran semejantes negociaciones. Aun no se ha dicho todo, cuando se comienza de nuevo. Así, ¡pronto, pronto!

— Bueno, pues, mi querida Clarisa, continuó el par inglés, he sabido que debia Vd. ser objeto de una tentativa audaz por parte de un caballero de industria, cuyas hazañas no hace mas que dos dias que conozco, y me he tomado la libertad de venir á velar por Vd.

— ¡Castillon... un caballero de industria!... repitió la condesa en voz baja; ¿está Vd. seguro de lo que dice, milord?

— Muy seguro.

Clarisa se estremeció, y dejó ver en su semblante el menosprecio hácia sí misma que sintió en su corazón.

— ¿Y cómo ha sabido Vd. eso? preguntó ella, sin atreverse á levantar los ojos.

— De la manera mas singular, respondió Rutland, cuyo acento llevaba el sello de la franca y modesta sencillez propia de las naturalezas benévolas. Yo estaba hace pocos dias en el café de Paris; de repente oí pronunciar el nombre de Vd. en un grupo de fatuos, entre los cuales conocia algunos.

— ¡Mi nombre! repitió Clarisa palideciendo.

— Me acerco sin ser visto, y reconozco á Castillon, que estaba á punto de empeñar una apuesta.

— ¡Bergante! se dijo la canonesa á modo de reflexion.

— Se trataba simplemente de su supuesto matrimonio con Vd., y apostaba á que podria anunciarlo oficialmente á fines de la semana. La apuesta que sostenia otro calavera, cuyo nombre no recuerdo, era de cuatrocientos duros.

— ¡Vea Vd. á mi hermosa Clarisa puesta á precio por cuatrocientos duros! exclamó la tia; en verdad, querida, que tú vales un poco mas. Pero para esos bribones, tal vez cuatrocientos duros es una cantidad respetable.

— Tia mia... ¡Vd. es implacable!

— ¡Vamos, vamos, ya me callo; por otra parte, no has sido robada, y eso es lo esencial. Pero continúe Vd., milord.

— ¡Ah! no sé, Clarisa, si me perdonará Vd. un movimiento de impaciencia que no pude reprimir; ahora que reflexiono en ello, conozco que he podido comprometer con un escándalo la intachable reputacion de Vd. Pero ¿qué alegaré? no he podido prescindir de horrorizarme. Yo sabia que Roberto, cuyos obsequios *importunaban* á Vd. desde el año pasado, era uno de esos jóvenes que pasan una vida equívoca en la ociosidad y la disipacion, y cuyos labios empañan el nombre de la mujer que pasa por ellos.

— ¡Oh, vergüenza! murmuró Clarisa con voz apagada por los sollozos. — ¿Y qué hizo Vd. entonces, Rutland?

— Cerré la boca del insolente con el reverso de mi mano.

— ¡Un bofetón!

— ¡Oh, no te asustes! dijo la canonesa; aquí comienza lo mas divertido. No obstante, hubo una cita convenida, ¿no es cierto, milord?

— En efecto, contestó Rutland, para ayer mañana. Pero escúcheme Vd., Clarisa, y no juzgue Vd. mal lo que voy á decir. Yo la amo á Vd. mas que á mi honor, y sin embargo, iba á matar á un hombre que tal vez... Si ella lo ama, me decia, si Roberto debe hacerla feliz... ¡Oh! me parece que yo hubiera muerto al tiempo de robar á Vd. su felicidad.

— ¡Ah, otro sacrificio mas! interrumpió Clarisa con un acento que reveló el despecho á pesar suyo.

— Ese hubiera sido el último... Sí, Clarisa, yo temblaba; tenia miedo de no ser dueño de mí mismo en aquel trance. ¿Quién sabe? En presencia de ese hombre, el ruido de las espadas hubiera apagado quizás el grito de mi conciencia. La vista de mi rival, la idea de que Vd. lo amaba... No, no, Clarisa, no hubiera tenido valor por contenerme: hubiera matado á Roberto; sí, bajo mi palabra, conozco que le hubiera matado.

Clarisa se levantó de la silla tan rápida como el rayo, corrió hácia Rutland, y le cogió las manos con violencia.

— ¿Lo hubiera Vd. matado? exclamó ella con voz trémula.

Rutland miró á la condesa, y equivocándose acerca de la causa de su turbacion, creyendo que la única causa de ella era el peligro que habia corrido Roberto, se puso repentinamente pálido, y rechazó á Clarisa.

— Sí, señora, repitió él con mirada sombría y los dientes apretados; sí, lo hubiera hecho pedazos con el pomo de mi espada, antes que dejarle un soplo de vida.

— ¡Rutland!... ¿en ese caso tiene Vd. celos?

— Mortales....

Clarisa se conmovió, y una llamarada súbita hizo brillar sus lágrimas. La canonesa batió sus manos en señal de victoria.

— ¡Milord, exclamó, esa palabra era precisa; lo felicito á Vd.; por fin, está Vd. desencantado! ¡Peste! ya era hora. Pero acabe Vd. pronto su historia, para que pueda irme á acostar. La noche refresca demasiado.

— Clarisa... murmuró Rutland, que apenas escuchaba á la canonesa. Yo no sé si debo creer... ¡se sonrió Vd.!

— Continúe Vd. su narracion, Rutland; decia Vd. que tenia Vd. matar á Castillon.

— Mi proyecto estaba ayer decidido; solo aguardaba las noticias que habia pedido. Si Roberto hubiera valido mas que su reputacion, si á pesar de sus locuras, su despilfarro, sus excesos, hubiera poseído un corazón digno del vuestro, una alma del temple de la vuestra, un amor puro y noble que ofreceros, en ese caso... me hubiera ocultado... sí, Clarisa, ¡me hubiera ocultado como un cobarde! Evitando todo escándalo, previniendo toda desgracia, hubiera vuelto á Inglaterra, y me hubiera ido á morir en mi antiguo castillo de Grumnor.

— ¡Rutland! ¿en ese caso olvida Vd. la promesa que hice al conde en su lecho de muerte?

— Solo vuestro amor podia hacérmela recordar. ¿No significa eso que hacia mucho tiempo que la habia olvidado?

— ¡Cómo! ¿hubiera Vd. consentido en que fuese perjura?

— ¡Perjurá!... tranquilícese Vd., Clarisa, dijo Rutland con sonrisa melancólica; ¿no acabo de decir que me hubiera apresurado á morir para que no lo fuera Vd.?

— ¡Rutland!... exclamó Clarisa echándose en sus brazos.

— Vamos, lo que yo temia, dijo la canonesa; no acabaremos en toda la noche. Por el santo de mi nombre, Rutland, sea Vd mas razonable que esta locuela, y concluya Vd. la historia antes de comenzar la novela, que veo inicia Vd. por el mas dulce y largo capítulo.

— ¡Oh! el fin de la historia no es muy interesante, respondió Rutland, sin soltar la mano de Clarisa. Ayer recibí una carta de Roberto, excusándose en términos ambiguos de no poder acudir á la cita. Voy á informarme, y averiguo que se oculta de los acreedores que

lo acosan. Roberto es perseguido por los tribunales, y pronto será preso. En aquel instante se apodera de mi imaginacion un terrible pensamiento. Ese hombre ha amado á Vd., Clarisa; ha hecho mas, la ha comprometido á Vd. en locuras ruidosas; todos saben que ha solicitado su mano de Vd., se le ha visto muchas veces al lado de Vd. en reuniones públicas, y ese hombre, honrado por la atencion de Vd., va á comparecer ante la justicia, y tal vez á mezclar el nombre de Clarisa en su defensa...

La condesa no pudo contener una exclamacion de horror, y sus facciones se alteraron tan rápidamente, que la canonesa tuvo fuerza para levantarse, é ir á abrazarla con ternura.

— Clarisa, hija mia, tranquilízate, le dijo con dulce acento, nada de todo eso sucederá. Rutland lo ha evitado ya. Veinte mil duros le cuesta, pero al menos impedirá que Roberto vaya á la cárcel. El bribon no hubiera hecho esta noche su tentativa, si hubiera sabido que Rutland lo habia libertado de la justa persecucion de las leyes. ¡Ojalá le sirva de leccion saludable tan feliz desenlace! Así pues, consuélate, hija mia, y acuérdate del suceso como de una enseñanza provechosa. Ya lo ves, nosotras las mujeres nos parecemos á las mariposas, en la aficion á lo que brilla, y en la facilidad con que pasamos de un objeto á otro, ardiendo por ser adoradas con mucho fracaso. Un hombre bueno, noble, afectuoso, modesto, no nos conviene, nosotras deseamos....

— Basta, querida tia, basta, ya ve Vd. que no deseo ya nada.

La condesa habia apoyado su cabeza en el pecho de Rutland, y le dirigió una mirada embriagadora.

— ¡Oh, Rutland! le dijo con delicioso acento y encantadora sencillez, si hubiera tenido la libertad de rehusar á Vd. mi mano, mucho tiempo hace que se la hubiera dado á Vd.

La canonesa se puso loca de contento al oír esta sentida declaracion.

— Mira, Clarisa, te amo, por mas que hagas, porque eres mujer hasta las yemas de los dedos.

— Y sin embargo, dijo la condesa meneando la cabeza con cierto aire de enojo, no ha dejado Vd. esta noche de... ¡picara Aurelia! ¡de decirme que Rutland iba á casarse!

— ¡Qué simple eres! solo era porque pensaras en aceptarlo... y ya lo ves, ¿me he engañado? respondió la canonesa mirando á entrambos con una maliciosa sonrisa.

M. F.

Excursion sobre las costas septentrionales del mar Negro.

Artículo segundo.

Sin embargo, iban pasando dias, y nosotros permaneciamos indefinidamente en la playa de Kilia, sin atrevernos á botar al mar nuestro ligero esquife. Yo habia hecho ya todas las observaciones científicas que se podian hacer sobre el cielo y la tierra, y M. Laurens habia arrotado en unas diez cuartillas de papel todos los recursos pintorescos que ofrecia el pais, de modo que nuestra única ocupacion se reducía á permanecer horas enteras en la playa con los brazos cruzados, esperando con estoica resignacion el momento de la marcha.

Por fin, calmó un poco el viento, y pudimos llevar al mar al pobre barguichuelo, que tenia un triste aspecto sobre la playa. Nuestros valerosos griegos se pusieron á luchar alegremente contra las últimas ondulaciones de las olas, y partimos con la esperanza de llegar antes de anochecer á Domons-Dereh (valle de los Cochinos), cuya playa inabordable cuando hay la menor agitacion en las aguas, se hallaba enteramente á la vista cuando habiamos andado unas dos horas. Pero en el mismo instante de tocar á ella, la borrasca que se habia apaciguado un poco se enfureció de súbito. Las olas indecisas un momento, se transformaron en montañas cubiertas de espuma; las tinieblas nos rodean por todas partes, y la imposibilidad de volver á Kilia hace mas crítica aun nuestra posicion. Forzosamente tuvimos que dirigirnos hácia Kara-Bournou (cabo Negro), el único punto accesible á un desembarco. Los barqueros sin poder hacer uso de la vela ni del timon, tratan de distraerse invocando la *Panaia* (Santísima Virgen), á la cual, como verdaderos marinos, tienen una devocion supersticiosa. Uno de ellos cae de rodillas á cada sacudida de la barca, despidiéndose de su familia, de Buyuk-Dereh y de Sarrieri (aldeas del Bósforo) con tanta elocuencia, que sus compañeros lloraban enterrecidos.

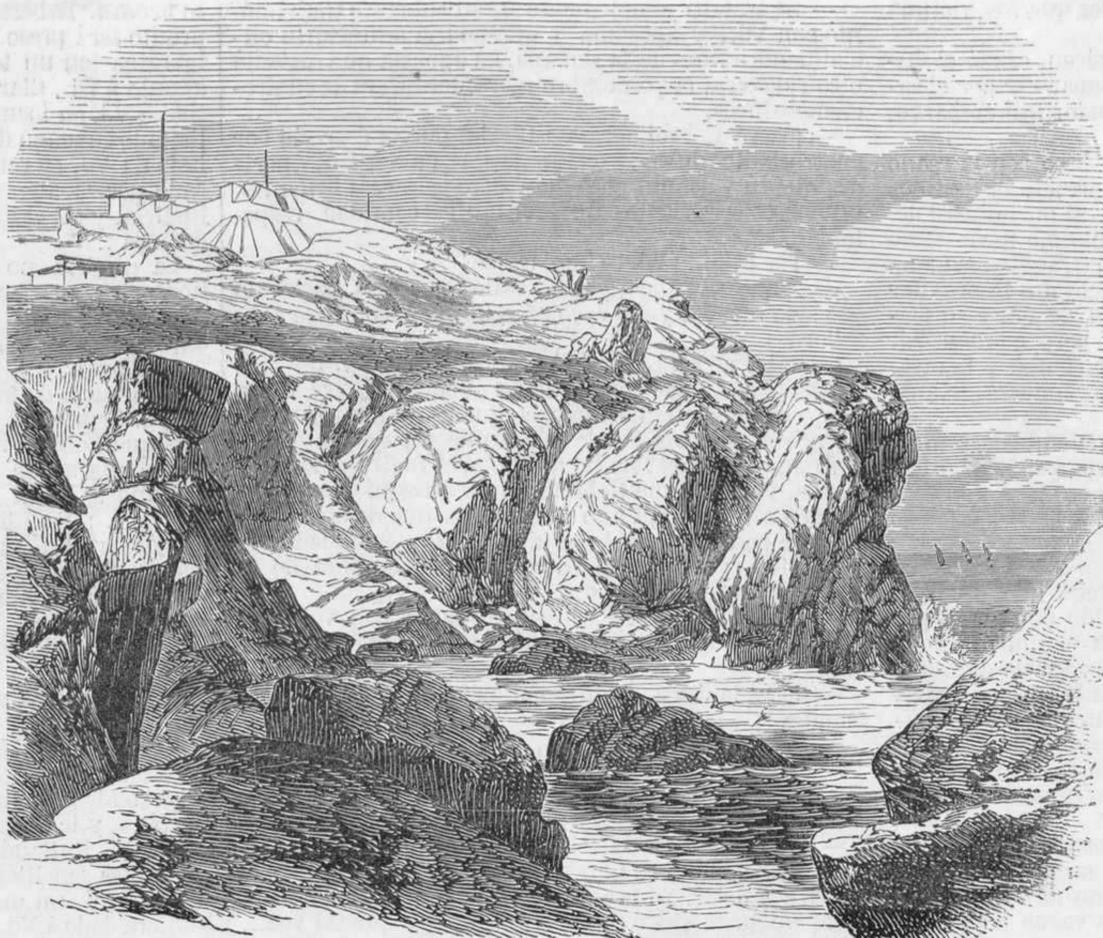
De tiempo en tiempo el capitán Janko se ponía á remar, y yo le reemplazaba en el mando de la maniobra. En cuanto á M. Laurens, estaba tendido en el fondo de la barca, perdido todo el conocimiento por el mareo. Esta situacion peligrosa en último grado se prolongaba hacia algunas horas, cuando de repente oimos un ruido parecido á una serie de cañonazos, y nos hallamos junto á una inmensa masa negra, que no era otra cosa que el famoso Kara-Bournou. La siniestra fama de este cabo, la oscuridad, el estrepitoso ruido de las olas, y todas las precedentes emociones renovadas á la vez, dieron á

este momento algo de solemne. Doblamos el cabo, columpiados en las aguas como una paja, y es seguro que sin el perfecto conocimiento que tenia el capitán Yauko de aquellos lugares, no salimos del paso. Pero todo marchó bien, y nuestra embarcacion se encontró como por encanto en una pequeña bahía alumbrada por un rayo de luna que atravesaba por entre las nubes.

Allí nos encontramos con dos barcas de carboneros que estaban confinadas hacia ocho días en aquellos parajes. ¡Francis! (franceses) exclamaron algunos individuos que habian corrido hácia nuestra bandera nacional que veian por primera vez en su vida. ¡Francis! ¡Solo los hombres de esa nacion son capaces de desafiar á la tormenta! ¡Allah! son nuestros amigos y nuestros huéspedes.

Tal fué el recibimiento que nos hicieron aquellas buenas gentes; y en seguida se pusieron á ayudarnos á desembarcar en medio de los arrecifes y los islotes que hacen inaccesible aquel puertecillo á las embarcaciones de alto bordo.

El terraplen de Kara-Bournou está guarnecido de malas baterías, defendidas por unos

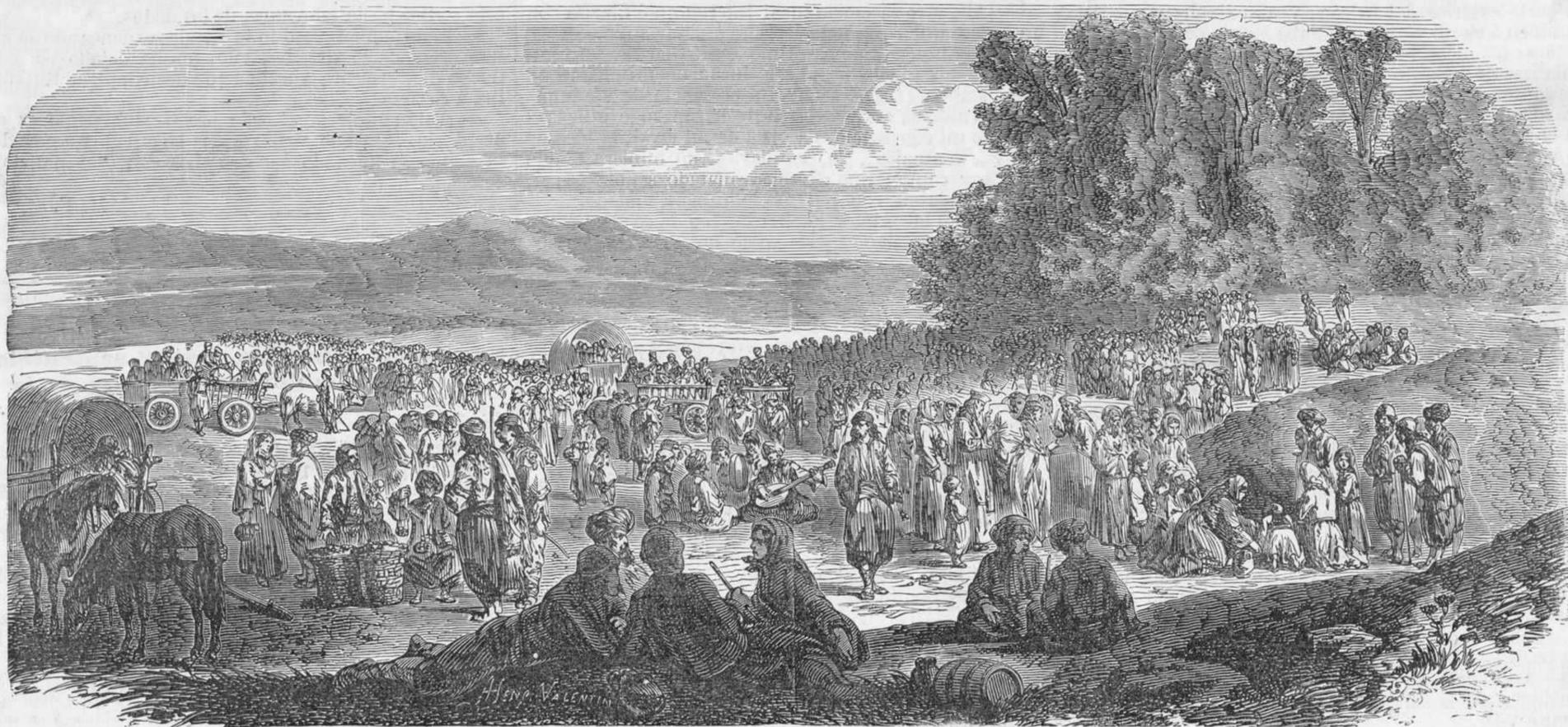


El cabo de Kara-Bournou.

sesenta turcos. Durante la guerra de 1838, los rusos hicieron algunos disparos contra la poblacion, sin querer apoderarse de ella. La guarnicion se halla tan desprovista de recursos, que ni siquiera tiene pólvora para tirar el cañonazo del *Ramazan* cuando anochece. Por eso el comandante y su tropa se consideran como abandonados de Mahoma y de los hombres.

Al día siguiente, viendo que era imposible salir de allí, levantamos nuestra tienda junto á la barca, precaucion muy necesaria por los vecinos que teniamos, é hicimos todos los preparativos de una instalacion que debia durar muchos meses. A nuestra derecha se extendian masas calcáreas, ricas en fósiles, cuya parte superior se hallaba coronada por la aldea y algunos molinos de viento fuera de uso. A la izquierda, en la direccion del mar se veian altos picos rodeados de una vegetacion vigorosa.

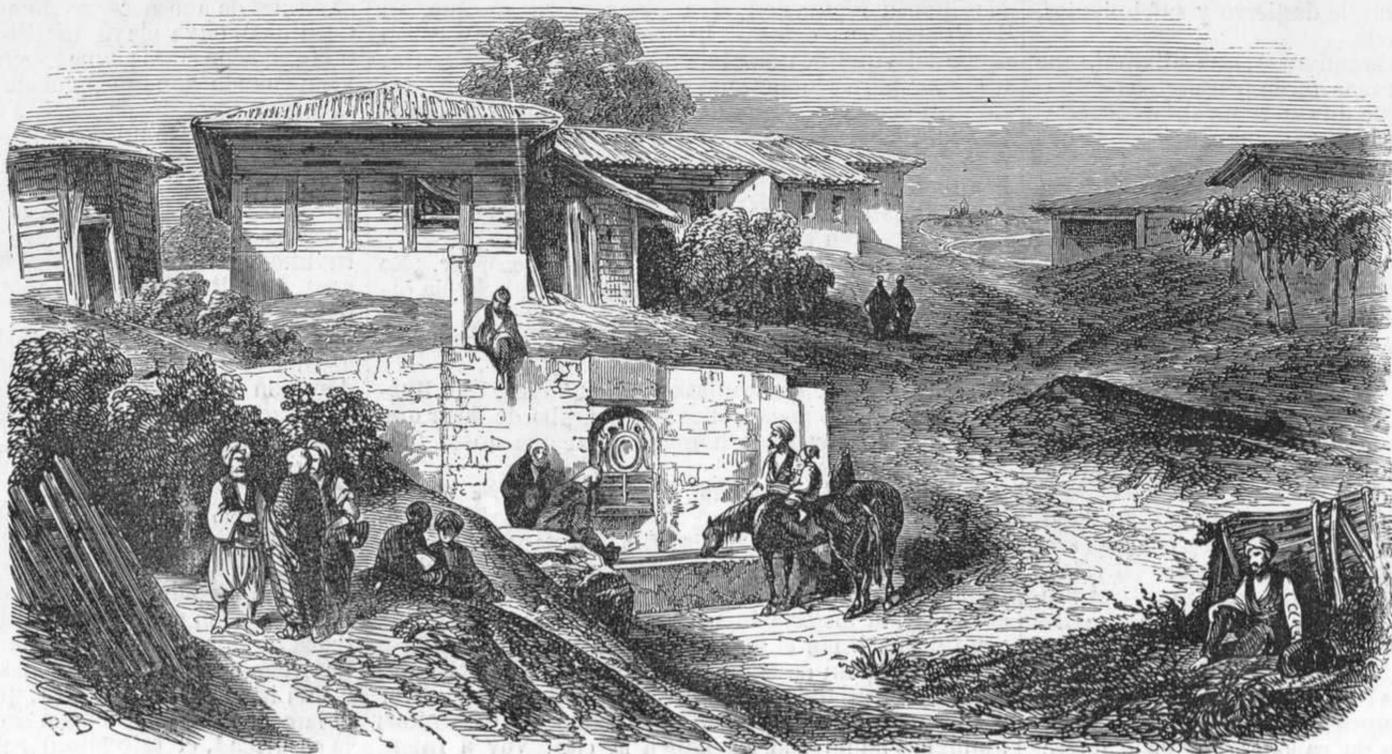
En la cúspide del cabo hay un mal café que ha establecido allí un viejo artillero, llamado Ali Tchaous, el tipo mas completo que pueda darse de la sencillez y dignidad turcas. Los bancos de su café sirven de cama á todo el que los quiere. Allí



Fiesta religiosa cerca de una fuente: muy gruesa en Kara-Bournou.

concorre toda la poblacion de Kara-Bournou; uno de sus parroquianos es un esqueleto vivo devorado por la fiebre hace muchos años; nosotros le dimos algunas dosis de quina sin mucha esperanza de curarle.

En Kara-Bournou principia una serie de pequeños cabos separados por playas y colinas de arena, que se pierden hacia el Oeste en un horizonte de vapores. Los habitantes de esta triste localidad se ocupan en la pesca y la agricultura, pero la tierra es muy arenosa, y las viñas no se hallan en estado floreciente.



Aldea de Kara-Bournou.

A la caída de la tarde se presentó á la entrada de la bahía una embarcacion turca, pidiendo socorro. Tres veces bajó y alzó su pabellon como implorando nuestra ayuda, y esta maniobra me pareció tan significativa, que decidí á mis griegos á echar nuestra barca á la mar, para sacar á la embarcacion turca de la triste situacion en que se hallaba. Pero ¡cuál no fué mi sorpresa cuando ví venir en la barca á una mujer cubierta de harapos, con una criatura envuelta en un pedazo de vela, en tanto que el buque desaparecía rápi-

damente por detrás del cabo!

Parece que las señales que habian hecho no habian tenido otro objeto que el de enviar á tierra á la madre y á la criatura; este modo de obrar es bastante comun entre los turcos.

Muchas barcas vinieron á refugiarse en la bahía como una bandada de pájaros que buscan un abrigo; pero habia tan poco sitio para todos, que estabamos unos sobre otros sin poder hacer un solo movimiento.

El comandante del fuerte me dijo que habia allí ruinas, y al punto M. Laurens y yo nos dirigimos á visitarlas. En efecto, al cabo de una hora de marcha descubrimos á la entrada de un prado donde estaban pastando una porcion de bufalos, una gran muralla cuya construccion fechaba sin duda del Bajo-Imperio. Esta muralla debia haber formado un recinto considerable, á juzgar por los restos que allí se veian. Por lo demás



Café turco.

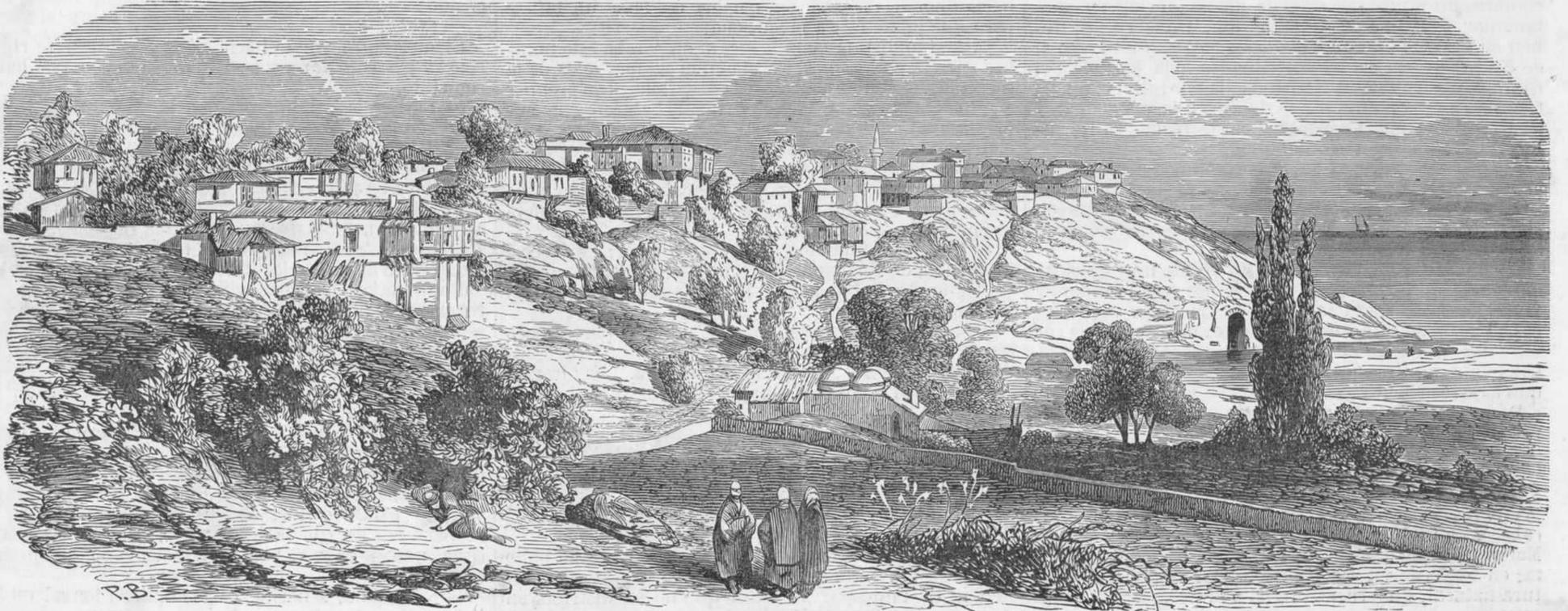
no pudimos hallar ninguna inscripcion, ningun otro vestigio, y sin el bonito paisaje de praderas, campos cultivados, rebaños y caseríos, que desde aquel punto descubrimos, me habria arrepentido de mi paseo.

Pero esta muralla que parecia constituir á mis ojos todo lo que ofrecia en ruinas la comarca, no era nada en comparacion á lo que nos esperaba al otro lado del lago.

Una línea de murallas con tres torres cuadradas de un aspecto imponente, á pesar de su deterioro, se presentó de repente á nuestra admiracion, sobre una longitud de mas de 700 pasos, y en un terreno que aumentaba considerablemente su pintoresca hermosura.

A beneficio de un atento exámen descubrimos una escalera pegada á una especie de cisterna, y al lado una pequeña bóveda, que sin duda debió formar parte del antiguo edificio religioso.

Los restos de las torres



Midiah.

cuadradas estaban cubiertos de una vegetacion enteramente meridional (cosa extraordinaria en aquellos sitios) que les daba una poesia inexplicable. Las dos pendientes y el terraplen donde se veian estas venerables ruinas, estaban llenos de laureles.

La fecha que podian tener estas construcciones era difícil de saber, porque no hallamos ninguna inscripcion, ni tampoco habia allí un sistema de arquitectura conocido. Aquellos restos no se parecian á las construcciones turcas, y además su carácter de remota antigüedad hace que no se pueda atribuir su fundacion á los turcos.

Desde la conquista de Constantinopla no se señala ninguna guerra en la historia de aquellas comarcas, de modo que es probable que aquellas ruinas datan del tiempo del Bajo-Imperio, y que aquella localidad fué elegida para el establecimiento de una poblacion cuando el Imperio Otomano, al instalarse en Constantinopla,



Cripta de un templo arruinado en Midiah.

no halló al rededor de su capital mas que poblaciones salvajes medio sometidas. La eleccion de este sitio quiere decir muy claramente que se pensó en los medios de defensa; tambien es probable que existió una poblacion griega en las cercanías, pues se ven por allí pedazos de columnas de mármol, de 9,36 de diámetro, rodeadas de un cordon saliente de 3,04 en su parte exterior.

En diferentes sitios del recinto hemos visto cimientos de ladrillos que recuerdan las construcciones genovesas, pero es muy dudoso que los genoveses hayan pensado en fundar allí establecimientos tan léjos de sus otras posesiones. Plinio habla de un pueblo llamado *Devilton* sobre un estanque, cuya posicion concuerda con la de las ruinas.

A la extremidad superior del lago existe una aldea construida enteramente con materiales procedentes de estas ruinas, que se llama *Tergos-Kallessy*.

En la mañana siguiente visitamos una larga playa de arena, cubierta de restos, unos antiguos y otros de fecha mas reciente. Jaulas de gallinas, cajas de huevos y haros de queso, envueltos en yerbas marinas, yacian allí en medio de palos rotos, tablas y velas desgarradas, que formaban un espectáculo lamentable; todo aquello anunciaba un naufragio. Dos de los barcos que llevabamos se desnudaron completamente para transportar en sus vestidos la mayor cantidad posible de aquellas cosas; con los huevos que cogieron estuvimos comiendo tortillas toda la semana. Sin embargo, les criticaron mucho que hubieran tomado cosas pertenecientes á unos naufragos, lo que, segun la tradicion, es causa de muchas desgracias.

Entrando mas en las tierras, encontramos algunos pastores búlgaros que llevaban á Constantinopla dos inmensos rebaños de cabras y carneros. Iban armados hasta los pelos, de modo que mas parecian foragidos que pastores.

Toda la poblacion fué aquel mismo dia á una fuente cuya agua posee, segun dicen, milagrosas virtudes. Era la fiesta de la Degollacion de San Juan, que celebra con mucha pompa el rito griego. Mujeres, niños, marineros y pescadores iban con devocion á beber el agua de la fuente, despues de haber besado una grande imágen como para santificar su accion. En seguida de este beso, se hacian apuntar en un libro, mediante algunos cuartos, y volvian á arrodillarse ante otra imágen, á la que oraban fervorosamente. Una inmensa pradera servia de teatro á las distracciones de la muchedumbre, tan amante del placer como de la devocion. Una porcion de carretas tiradas por búfalos completaban el cuadro pintoresco que presentaba esta poblacion griega, que conserva siempre algo de pagano hasta en su manera de invocar á la Virgen.

Quince dias estuvimos esperando en Kara-Bournou un viento favorable. A algunas millas de este punto descubrí otras ruinas que coronaban la parte superior de una ensenada, presentando en medio de muchos escombros un muro revestido de piedras de sillería rectangular de 400 pasos de extension. Estas ruinas tienen en griego el nombre de *Paleo-Myrgos*, y en turco el de Eski-Pourgas. Se hallan situadas á la entrada del camino que conduce á Andrinópolis por Silivry. Su situacion es muy hermosa; se domina á la vez el mar y una serie de colinas separadas por estrechos valles cubiertos de una vegetacion abundante.

Entre estos valles, el de Kalamisch posee una aldea griega, compuesta de unas cincuenta casas, rodeada de praderas y campos bien cultivados: sus habitantes son carboneros y ganaderos; por un franco se compran allí 300 libras de carbon de leña.

A poca distancia de aquel sitio vimos una inmensa cantidad de buitres, unos cerniéndose sobre la mar, y la mayor parte sobre los picos de las rocas. Sobre las aguas vogaban una ininidad de medusas abiertas como unas flores fabulosas movidas por las olas. La noche estaba tan tranquila y el horizonte tan hermoso, que todo se armonizaba con este gracioso espectáculo.

Despues pasamos al valle de Armen-Devé, cuyo aspecto es de lo mas bonito que puede darse. Aquí la costa toma un carácter mas imponente; las colinas se cambian en montañas, los valles en gargantas profundas, y las pequeñas bahías en grandes golfos. Enormes masas de rocas primitivas se adelantan en la mar sobre las cabezas de los navegantes. Una de las puntas del cabo Machakah, que doblamos para llegar á Midiah, presenta, en medio de su masa gigantesca, una ancha abertura natural, que se distingue á muchas leguas en el agua.

Todas estas rocas tienen una corteza de ricas lapas. La poblacion de Midiah se halla situada sobre un vasto terraplen á orillas del mar por el Este, terminado en su base por cuevas calcáreas que baña un arroyuelo; á la falda del pueblo hay una pequeña ensenada para las barcas que pueden atravesar el banco de arena que hay en su embocadura.

Este paso no tiene mas de tres metros de ancho. Cuando reinan los vientos del Norte, las olas atraviesan, no solo la barra, sino tambien una playa de arena que separa el arroyo de la costa. Dos rios sirven de límites al terraplen, y se pierden en valles hermosísimos. Es imposible hallar un valle mas fresco y mas armonioso de colores y contornos que el valle del Norte, atravesado por un rio apacible que va reflejando en sus aguas la verdura y los numerosos rebaños que pastan en sus orillas. A cada lado se elevan pequeñas colinas donde las zarzas y las rocas confunden sus formas y colores; despues el terreno se eleva insensiblemente, y presenta una hilera de colinas cubiertas de bosques, y en fin, en último término se ve la cordillera de los Balkans, célebre en la antigüedad bajo el nombre de monte *Hemus*.

Al Este, entre dos valles, hay una estrecha garganta, dominada en otro tiempo por altas murallas de las que quedan aun ciertos vestigios. Estas murallas debieron cercar toda la ciudad, á juzgar por el trazado de ellas que puede estudiarse todavia; hacia el Sur hay una larga línea de muralla intacta con sus torres redondas, construida en su mayor parte de piedra de sillería, y hacia el Sudoeste hay dos torres de ladrillo á la manera bizantina, pero están tan deterioradas, que no se podría decir si son redondas ú octogonas.

Aunque estas murallas pertenecen aparentemente al Bajo-Imperio por la diversidad de materiales que hay en ellas, á mí se me figura que han debido existir anteriormente. Pero por mucha importancia que quiera darse á estas ruinas, nunca se podrán comparar con las

criptas que existen en las cercanías de Midiah, á las que consagramos algunos dias de serios estudios. M. Laurens pudo á duras penas sacar cuatro vistas de ellas al resplandor de unas antorchas; estas galerías subterráneas que existen en el valle que se extiende al Norte de Midiah, de una arquitectura muy sencilla, debieron pertenecer á un templo cristiano; se hallan bien conservadas y son sumamente interesantes, tanto para los arqueólogos, como para los artistas.

La poblacion de Midiah se compone de 500 griegos y de unos treinta turcos, cuya mezquita, de aspecto miserable, se halla extramuros del lugar.

Los buques mayores no pueden anclar al Este de Midiah por la poca profundidad de las aguas.

En Midiah no hay mas que un café dirigido por un papa (sacerdote), cuya única ocupacion consiste en recordar redes y jugar al chaquete: el clero griego es igual al ruso en ignorancia y estupidez.

H. DE H.

Una jóven de provincia en la Sorbona.

Eran las diez y media de la mañana, y las puertas de la Sorbona acababan de abrirse á una multitud impaciente que esperaba á la entrada: era el solemne dia de la distribucion de premios. Al subir por las escaleras que conducian á las galerías, mas de un corazon materno palpitaba bajo la manteleta negra, mas de un turbulento colegial se estremecia de placer, pensando que tal vez dentro de breves instantes presentaria una corona á sus padres, y los contemplaria extasiados de contento por su aplicacion y adelantos.

Durante la noche que precedió á aquel dia, tan alegre para unos y tan triste para otros, no cerró el sueño los ojos de una jóven provinciana que vivia en Paris hacia unos seis meses, pues habia recibido un billete para que pudiese ir á la Sorbona.

¡Ah, si supierais cuánta magia encerraba este nombre para la pobre niña! Criada en el campo, lejos de la sociedad, solo habia asistido á la distribucion de premios en el convento de la Asuncion, donde habia pasado sus primeros años, y sentia en su corazon una especie de delirio al considerar que iba á ver los discípulos coronados de los *colegios reunidos de Paris y de Versalles*.

— Pero no tienes quien te acompañe, Antonia, y no debes ir sola, le dijo su madre, que por hallarse enferma no podia salir de casa.

— Me ocurre una idea, contestó la jóven; iré á ver á la señorita de T..., que vive muy cerca de la Sorbona, y ella tendrá la bondad de hacerme acompañar, ó tal vez me acompañará.

— No convengo en eso, Antonia, pues me parece poco conveniente que vayas sola.

— Pero ya sabes, mamá, que el señor J... ha ofrecido esperarme en la galería grande, y hasta allí iré con la señora T...

— Esa es una suposicion poco probable, pues creo que la señora T... no se habrá levantado cuando llegues á verla: se me figura que su salud no es muy buena.

— Y si yo te dijese que ella misma me prometió el lunes que iríamos juntas...

— Antonia, se me figura que mientes. ¿Cómo pudo la señora T... darte esa palabra, cuando no tenia billete ni tú tampoco? Ya sabes que no los distribuyen con ocho dias de anticipacion.

— Mamá, te juro...

— Te prohibo que jures, hija mia: el paso que quieres dar, por una cosa que no merece la pena, te lo repito, es muy poco conveniente, y así no irás á la Sorbona.

Al escuchar tan terrible sentencia, creyó Antonia que todas sus fuerzas la abandonaban; sin embargo, no perdió su aplomo, y con una energía inesperada en su carácter tímido, repuso:

— Mamá, me has traído á Paris para que adquiriera conocimientos que no podia procurarme en provincia: tambien me has dicho que no debo perder las ocasiones de instruirme: ahora se presenta una y no quieres que la aproveche; ya sabes lo mucho que me aprecia nuestro anciano amigo el señor J...; y cuando me ha preferido á su hija para darme el billete, es porque cree que me será útil asistir á la distribucion de premios.

Despues de hablar así, se arrojó Antonia al cuello de su madre, ofreciéndole que si la señora T... no podia acompañarla, renunciaría á su proyecto.

La señora Dermans amaba apasionadamente á su hija, y aunque de mala gana, asintió por fin á sus deseos. Cogió la pluma y escribió á la señora T... recomendándole su Antonia; en seguida rizó los cabellos de la alegre niña, le puso su vestido de muselina, y llamó al ama de gobierno para que la acompañase.

La jóven impaciente bajó inmediatamente á la calle, y con una celeridad que desesperaba á la buena Rosa, atravesó las Tullerías. La mañana estaba hermosísima, y el sol brillaba en todo su esplendor. Antonia tenia una imaginacion muy viva; y aquel dia lo veian todo sus ojos por un prisma encantador: no tardó en recorrer su pensamiento un inmenso espacio; fabricó mil castillos en el aire, y se figuró la distribucion de premios en la Sorbona como la escena mas poética del mundo. ¡Grande debía ser su desengaño!

A alguna distancia de la morada de la señora T... se apresuró á despedir á Rosa, diciéndole que su madre la

esperaba, y que la habia prohibido llevarla mas lejos. Rosa obedeció, aunque de mal talante, y Antonia se creyó dichosa al ver que se alejaba de su lado, al pensar que se encontraba libre, y que podia dirigirse hacia donde quisiese, lo cual nunca le habia sucedido.

Entró en casa de la señora T... loca de alegría y, casi sin saludarla, le pidió que la hiciese acompañar á la Sorbona: la doncella habia salido, y la señora T... no podia salir, pues estaba sin vestirse, y necesitaba una hora para componerse. ¿Qué hacer?

No importa, pensó Antonia, que no habia entregado á la señora T... la carta de su madre; no sé el camino, pero lo hallaré preguntando. Iré sola, añadió en voz alta, supuesto que mamá me lo permite. La señora T... la miró meneando la cabeza, y dijo que le parecia imposible.

— Pues es muy cierto, repuso la jóven maliciosamente.

Conociendo la señora T... que serian inútiles sus reflexiones, llamó á la portera, y le encargó que acompañase á la Sorbona á aquella niña caprichosa. Antonia cogió del brazo á la buena mujer, y la obligó á andar con mas rapidez que la que hubiera deseado.

— ¡Qué señorita! murmuraba en voz baja. ¡Y yo que la creía tan tímida! ¡Si parece un diablillo! ¡Vaya! y es una gran cosa la que desea ver...

Antonia, que no habia oido este soliloquio, divisa por fin las puertas de la Sorbona, y se separa de su compañera, que la saluda, haciendo votos con irónico acento para que se divierta mucho.

Sola en medio del patio, dirige Antonia sus miradas hacia todas partes, pero no descubre al señor J... Empieza entónces á temblar como la hoja de una flor azotada por el viento, y se echa en cara su conducta de aquella mañana, temiendo un severo castigo. Permanece así algunos minutos sin saber qué partido tomar, hasta que viendo á un anciano vuelto de espaldas y que en el cuerpo se parecia exactamente al que buscaba, corrió hacia él y le tiró suavemente por el traje, diciendo:

— ¡Señor J...!

El anciano se volvió hacia ella, y la jóven se ruborizó en extremo al reconocer la imprudencia que habia cometido.

— ¿Esperais á alguna persona, hermosa niña? le preguntó aquel hombre. ¿Puedo ofreceros mi brazo y mis servicios?

El tono con que fueron pronunciadas estas palabras se hallaba en tan poca armonía con los cabellos blancos del anciano, que Antonia comprendió, á pesar de su aparente aturdimiento, que no debía responder á ellas, y perdiéndose entre la multitud, desapareció dejando estupefacto á su interlocutor.

En la mayor ansiedad y despues de un instante de reflexion, se atreve á subir la escalera que conduce á la segunda galería: presenta al fin su billete con timidez, y se dispone á entrar; pero el centinela municipal, apostado allí, la dice brutalmente:

— Estos caballeros son poco galantes, señorita; no hay sitio aquí.

La pobre niña quedó anonadada y triste; y maldiciendo la mala suerte que la perseguía, bajó la escalera como una culpable á la que acabasen de sentenciar.

Ya tocaba el último escalon, cuando un hermoso jóven, de pálido rostro, de ojos y cabellos negros, se acercó á ella, y con la mayor finura, con voz suavísima, que en nada se parecia á la del viejo, la dijo temblando:

— No salgais, señorita, os lo suplico; tomad mi billete, que es de primera galería y entraréis.

Desconcertada Antonia por su anterior tentativa, iba á rehusar la oferta; pero el jóven, compadecido de su confusion, la ofreció su mano que ella aceptó ruborizándose en extremo, la condujo á la primera galería, la colocó en sitio desde el cual pudiese verlo todo perfectamente, y se separó de ella saludándola cortés y graciosamente. La jóven creía soñar, y decia en voz baja:

— ¡Qué finos son los jóvenes de Paris! ¡Y eso que en provincia me aseguraban lo contrario!...

Los gritos de los colegiales que pedian la *Marsellesa* distrajeron sus pensamientos; alzó los ojos y se desplegó á su vista un espectáculo nuevo para ella, aunque muy insignificante para los habitantes de Paris.

Los doctores con sus bonetes cuadrados, representando las cuatro facultades mayores, se colocaron con paso grave y majestuoso en el centro de la sala; seguíanles los profesores, y ocupó cada cual el puesto que le correspondia; despues entraron los magistrados y tomaron asiento en los bancos forrados de terciopelo que se les habia preparado; por último, en medio del recinto figuraba un gran anfiteatro lleno de colegiales, cuyas miradas se volvian incesantemente hacia las cortinas tricolores que la brisa agitaba suavemente. Aquella extraña mezcla de colores y de semblantes animados, aquel imponente aparato que imponia respeto y dispone el alma del poeta á la meditacion, admiraron á la jóven provinciana.

Y con todo, aquel espectáculo era incompleto para ella, pues en medio de aquella masa sin nombre nada distinguía, ignoraba el rango y las atribuciones de los personajes que atravesaban el salon: llegó en su sencillez á equivocarse á los profesores con los miembros de un tribunal, y á la duquesa de M... con la reina. Esto no obstante, se empeñó en no querer pasar por una jóven provinciana á los ojos de cierta dama, junto á la cual la habia colocado su galante introductor, y que parecia muy dispuesta á entablar conversacion. Entón-

ces conoció la pobre Antonia que había cometido una gran falta al ir sola á la Sorbona, pues no pudo menos de convencerse de que saldría de allí tan poco adelantada como había entrado, de que se vería confusa para contestar si le preguntaban lo que había visto, y de que le sería imposible emplear términos técnicos para referir aquella solemnidad á sus amigas.

Estas reflexiones la ocupaban, cuando se presentó el ministro de Instrucción pública; despues de un largo discurso en latin que fué muy aplaudido, pero que hizo bostezar á nuestra heroína, pronunció estas palabras:

— Jóvenes alumnos...

La jóven escuchó con atención, pues comprendió que el ministro iba á hablar en francés.

Las primeras palabras del ministro le interesaron poco, pero cuando oyó decir á M. de Salvandy: «El porvenir es vuestro, caminad hacia él con seguros pasos, porque os pertenece,» se estremeció de placer, pues aunque jóven, había soñado con la gloria, y esta hacia palpitar su corazón. ¡Ah! no sabía que los laureles se riegan con lágrimas.

El ministro llamó y empezó la distribución de premios. Cuando Antonia vio adornar con el de honor la frente del colegial que lo había merecido; cuando oyó las aclamaciones con que sus compañeros aplaudían aquel acto de justicia, una emoción indefinible se apoderó de su alma; deseaba que aquel jóven dichoso hubiera sido hermano suyo, y experimentaba un júbilo inmenso al contemplar el contento que brillaba en aquel rostro todavía infantil. Los demás nombres apenas llamaron su atención, pues la absorbía un solo pensamiento.

Feliz la doncella cuyo corazón pueden enternecer las sensaciones dulces y apacibles. Esto dura en París muy poco tiempo, y dentro de un año no irá Antonia á la Sorbona á experimentar poéticas ilusiones, sino á lucir un traje nuevo y una elegante capota.

Despues de la ceremonia siguió á la multitud que abandonaba el edificio: al llegar á la puerta principal, vió pasar rápidamente un carruaje escoltado por tropa. Antonia quiso retirarse hacia adentro, mas no pudo verificarlo tan pronto como quiso, y su vestido y su chal color de rosa quedaron cubiertos de lodo... Primer castigo.

¿Qué mas diré? Desengañada Antonia, se dirigió á casa de la señora T... donde la esperaba el ama de gobierno de su madre. Era ya cerca del anochecer cuando entró en el gabinete de esta: la señora Dermans, recostada en un diván, estaba pálida y parecía sufrir: su hija se arrojó en sus brazos, y enseñando el vestido, la dijo:

— Dios me ha castigado, mamá, porque hoy he sido muy culpable. ¿Me perdonas?

— Esta noche no, hija mia, la contestó la señora Dermans con severo acento: mañana estarás mas tranquila, y conocerás que una niña pierde mucho cuando desobedece á su madre. Hoy has mentido mucho, con el objeto de disfrutar un escaso placer; has despedido en la calle al ama de gobierno para ilusionarte con unos instantes de libertad quimérica; no has entregado á la señora T... mi carta; has ido, á pesar suyo, á la Sorbona, y te has metido entre la multitud, cuando nuestro buen amigo el señor J... te llamaba en alta voz. Una jóven bien educada no se expone de ese modo en público, ni comete tan graves imprudencias.

Antonia quiso hablar, pero su madre añadió:

— Todo lo sé. Ahora véte á la cama, hija mia, y sé mas razonable en lo sucesivo: si en algo tienes mi afecto, reflexiona mejor, y nunca me desobedezcas ni me engañes.

No había que replicar á esto, y la señora Dermans era inflexible: Antonia lo sabía, y se retiró á su estancia llorando. Allí recapituló todas las ocurrencias del día: vió que había indisputado contra ella á la mas cariñosa de las madres, ensuciado su vestido y su chal, y ganado un fuertísimo dolor de cabeza. ¡Y todo por haber ido á fastidiarse dos horas en la distribución de premios de la Sorbona!

Los pájaros sobre las torres.

FANTASÍA HISTÓRICA.

Si algun día pudiera yo realizar la utopía de Juan Jacobo; si algun día me fuera dado habitar aquella casa de persianas verdes con que en vano soñó toda su vida, y á la cual se retiran hoy en día todos los curiales de París, quisiera yo completar su fisonomía agreste alojando bajo su techo una tribu entera de golondrinas, y que resonara siempre en ella un rumor de pájaros como en las ramas de un roble. Esta dulce unión del hombre con el pájaro; esta hospitalidad sencilla dada al clan alado por la familia humana, me ha parecido siempre una de las formas mas poéticas por medio de las cuales puede entrar el hombre en comunicación con la naturaleza. Desde su salida del arca de Noé se han separado los animales en dos ramas muy distintas: unos han huido de la comunidad de aquel cortijo patriarcal que les salvó del diluvio universal, para no volver á entrar en él; los otros han permanecido fieles; unos se han hecho misántropos, y los otros han permanecido «amigos del hombre,» como dice Buffon. A estos la protección y el establo; á aquellos la caza y las casas de fieras. Por su instinto y su naturaleza, los pá-

jaros son de entre todos los animales los que pueden libertarse con mas facilidad del vasallaje del hombre. El vuelo desafía al andar, el ala se burla de los pies. Así que en la proximidad que algunos pájaros tratan de establecer entre sus nidos y las habitaciones del hombre, una confianza tan amistosa y encantadora, que en todos tiempos han correspondido á ella el hombre y la habitación con una acogida casi supersticiosa.

El mas familiar y constante de estos huéspedes voluntarios, es la golondrina. Pero ¿qué dirémos de ella que no se haya escrito ya cien mil veces? Su desgracia es haberse llamado antiguamente *Progrè*, lo cual ha servido de pretexto á todos los poetastros para hacer uno de los ensayos mas usados de su *Gradus ad Parnassum*.

La golondrina es la huéspedada mas cariñosa de las habitaciones humanas. Necesita oír á su alrededor voces, pasos, ruidos humanos. Póngase una tienda de campaña en el centro de un bosque virgen, y dejará su árbol para anidarse bien ó mal en los pliegues superiores de la tela. Los rumores tumultuosos de nuestras ciudades no la espantan, y encima de nuestras ventanas, que se abren y cierran ruidosamente, vienen á colocar sus nidos al alcance de la mano. La Providencia da confianza á los pajarillos. ¿Qué cincelado, qué bajo relieve, qué adorno vale tanto como aquel nido de tierra y paja? ¿Qué compañía mas alegre para una casa que aquel alado que revolotea á su alrededor sin cesar?

Me acuerdo de haber visto en Roma, en el mes de mayo, las esculturas de los arcos del Triunfo del Forum llenas de golondrinas: cualquiera diría que las deterioran, pero para un poeta las vivifican. Cada tarde los sombríos monumentos parecían árboles. Se oían trinos en los trofeos, gorjeos en los adornos. Se las veía llegar una por una, revolotear en todos sentidos y perderse despues en el seno de las bóvedas. Para mí, aquellas construcciones sencillas del pájaro, al lado de la arquitectura grandiosa del emperador, era la metamorfosis mas risueña que se puede imaginar. Nunca sentiré la piedra que caiga para hacer sitio á un nido, por eminente que fuera el cincel que la trabajara.

Los antiguos, apreciadores tan exactos de las relaciones naturales, tributaban una predilección marcada á las golondrinas. Las habían puesto bajo la protección de los dioses Penates, y suponían que estos, cuando veían que eran maltratadas, las inspiraban la idea de ir al establo y picar las tetas de las vacas que pertenecían á la familia inhospitalaria. En Grecia, en la primavera, los niños iban de casa en casa haciendo la *Cuestación para las golondrinas*. La canción popular que cantaban ha llegado hasta nosotros al través de los siglos. «Ya ha venido la golondrina trayendo la buena estación» y el buen año; es blanca por el vientre y negra en el lomo. No irás á buscar á la casa rica una cesta de higos, una copa de vino, un pedazo de queso, y un poco de trigo. La golondrina no niega nada, ni siquiera un bollo. Nos iremos con las manos vacías, ó nos darás algo. Si nos das nos iremos, si nos niegas no nos moveremos de este sitio; nos llevaremos la puerta y la mujer que está sentada en tu hogar. Es pequeña y delgadita tu mujer, nos la llevaremos fácilmente. Ea, danos, danos algo: por poco que sea lo que nos des, será mucho. Abre, abre tu puerta á la golondrina, porque no somos ancianos, que somos niños. De este modo, en esta súplica sencilla, para conseguir mejor su objeto, el niño se disfrazaba de pájaro, y escondido bajo sus alas alargaba para recibir las rústicas limosnas, un nido de golondrina en lugar de la mano ó de un cesto. Aun hoy, la golondrina está rodeada en todas partes por la buena acogida y la protección de todos. En el campo se la considera como el talismán viviente de la casa que adopta. En Saboya el labrador ve en ella una especie de Sibila que le profetiza las prosperidades y los contratiempos del año. Así es que además del buen ó mal tiempo cuya proximidad conocen por su modo de volar, cuando al marcharse vuela tres veces al rededor de la casa que abandona, suponen que lleva luto por alguno de los habitantes de ella que deberá morir antes del regreso de la golondrina: si al volver hace su nido hacia el lado del granero, anuncia una cosecha abundante y magnífica. En la primavera es cuando vienen las golondrinas á participar de nuestras habitaciones.

Otro pájaro hay, el mas curioso y el mas familiar de todos, que viene en el invierno á pedir al hombre la abrigadora hospitalidad de su hogar: es el *colorin*.

Los cuentos alemanes están llenos de dulces leyendas sobre este precioso parásito del invierno. El guarda-bosque ha regresado de su ronda, y se calienta dentro de su casita acompañado de su mujer y de sus hijos. Fuera hace frio; la nieve blanquea el esqueleto inmenso del bosque, y el viento sopla furiosamente como en una trompa colosal. Pero la casita está bien cerrada, y en invierno es inútil que revolotee el colorin buscando una entrada. El grueso tronco arde en el fondo del hogar, y sus brillantes reflejos convierten en platos de oro los de estaño que están colocados sobre el blanquísimo mantel sostenido por la mesa de roble, esperando la cena. De repente se oye el pico de un pájaro golpear graciosamente en el vidrio de la ventana, convertido por la helada en un precioso vidrio pintado de iglesia, adornado con arabescos que la mano del hombre no sabría imitar con perfección: es un pobre colorin, triste, hambriento y transido de frio, que pide hospitalidad. La hija mayor entreabre la ventana, y el pájaro se precipita en la habitación, haciéndola resonar con sus cantos de alegría y gratitud. Pronto se familiariza con sus bienhechores, pica las miguitas que caen de la mesa, vuela tranquilamente al rededor del fuego,

y gorjea sus mejores cánticos, mientras que para completar el concierto, ronca el enorme gatazo delante del fuego, y el grillo, ese ermitaño incombustible del hogar, salmodia su canto uniforme é inalterable. Cuando llega la noche, el colorin se coloca en el extremo del torno de hilar, adornándole con su plumaje purpúreo, y cuyo rumor de colmena le facilita el sueño como el estremecimiento de las hojas del árbol nativo. Llega la primavera, y de repente ¡oh prodigio! el pájaro se transforma en una jóven hermosa como la luz del día, y resulta que es una hada de un ventisquero, que tenía frio en su montaña, y se transformó en colorin para venir á poner á prueba la hospitalidad del hombre. La benéfica hada regala al guarda-bosque un fusil encantado, cuyas mágicas balas no yerran nunca el blanco á que van dirigidas, se constituye en madrina espléndida del niño que ha nacido durante su residencia en la casa, y se despide de la familia prometiendo volver el invierno siguiente.

Aun hay otro pájaro, inquilino gratuito tambien de las habitaciones humanas, que ha sido objeto siempre de una veneración unánime. Es la cigüeña. En Egipto se la contaba en el número de las aves sagradas, y se la embalsamaba despues de su muerte como á un Faraon. En el lenguaje jeroglífico, su imagen significa piedad, beneficencia, y su nombre hebreo *chasida*, tiene la misma significación. En Tesalia el asesino de una cigüeña tenía pena de muerte. El pretor Sempronio en Roma fué el primero que se la hizo servir en la mesa, y promovió un escándalo espantoso, una indignación universal. «El nido de la cigüeña era respetado por todos, exclamó Horacio, hasta que llegó aquel pretor sacrilego.» Sempronio no tardó en recibir el castigo que exigía esta impiedad gastronómica; el pueblo no le reeligió en sus votaciones, y al instante corrió este epigrama por la ciudad: «Sempronio, ese asesino de cigüeñas, no ha obtenido ni siete sufragios; el pueblo ha vengado la muerte de las cigüeñas.» En la ornitología mística, la cigüeña figura entre el pellicano ensangrentado de la caridad, y el águila deslumbrada por el éxtasis, como el símbolo de la contemplación vigilante, y merece efectivamente este culto idólatra. Es la mas virtuosa de todas las aves; grave, frugal, taciturna y melancólica; tiene todas las costumbres de un habitante del desierto. Alimenta á sus padres cuando son ancianos y achacosos. El código de la debe la idea de la pensión de alimentos; la ley de alimentar la vejez paterna fué llamada entre los griegos ley de la cigüeña. En los augurios, su aparición significaba union, paz, concordia, y su partida presagiaba á la ciudad que abandonaba las mayores calamidades.

Hoy en día aun, la opinión general supone que la cigüeña es la bendición de la casa en que se establece. En Holanda y Alemania se colocan ruedos ó cajas en los tejados para incitarlas á que se establezcan y hagan un nido en ellos, preferencia escasa y significativa, porque escoge siempre la parte mas elevada de las torres y de los campanarios de las iglesias.

Recuerdo haber visto en Avanches, en Suiza, el nido de una cigüeña sobre el chapitel de la gran columna corintia, resto magnífico del *Aventicum* romano. El pájaro se tenía sobre una pata, en una actitud contemplativa, sumida en su meditación de cigüeña. La ondulación de su cuello se destacaba limpia y pura en la transparencia del aire; parecía una serpiente de alabastrina blanca tendiéndose sobre el extremo de su cola. El escultor mas hábil y de imaginación mas fecunda, no hubiera podido idear para la columna antigua un remate mas espléndido. La municipalidad de Avanches cuidaba á su grave huéspedada con una protección solícita y cariñosa. La legislación patriarcal del canton de Vaud se hacia feroz en tratándose de la cigüeña. Cada guijarro arrojado á su nido caía convertido en una lluvia de escudos en las arcas del ayuntamiento. La tarifa de las multas estaba fijada en la base de la columna, ocupando probablemente el sitio de alguna inscripción imperial. ¡Oh transformación de las cosas humanas! Así aquella columna que seria en otro tiempo el pedestal de alguna estatua de César, es hoy la que sostiene la habitación de una cigüeña.

Sabido es que la cigüeña nos abandona en el invierno para regresar en el verano. Es alternativamente mahometana y cristiana: seis meses del año anida en los minaretes del Levante y en las pagodas de la India, y otros seis meses en las torres de nuestras catedrales. Los campaneros y los *muezzinos* la dan serenatas. Quizás su carácter filosófico y meditabundo proviene de esta hospitalidad duplicada y tolerante.

Generalmente contrae un compromiso con el domicilio que ha elegido, y nunca deja de volver á él. Un caballero polonés, queriendo tener alguna prueba de esto, puso en el cuello de una cigüeña, huéspedada de su casa, un collar de hierro con esta inscripción: *Ciconia ex Polonia*. Seis meses despues volvió el pájaro; el collar de hierro había sido sustituido por otro de oro con estas palabras: *India ciconiam cum donis remittit Poloniae*. Hay una poesía indefinible en este regalo enviado desde el fondo de la India por algun brahma tal vez poligloto al escita lejano y desconocido.

Antiguamente las cigüeñas eran mas frecuentes en las casas que en el día, y esto se explica fácilmente. Las ciudades de la edad media no tenían tanto ruido como las nuestras. El silencio de sus claustros numerosos apagaba cuasi todos los rumores. Actualmente el tumulto borrascoso de nuestras calles asusta á las aves mas intrépidas; así es que la mayor parte de los que visitaban las casas de nuestros padres, las han abandonado para siempre.

REDOWA.

PIANO.

The musical score for 'Redowa' is presented in piano. It consists of six systems of two staves each (treble and bass clef). The first system begins with a treble clef and a 3/4 time signature. The second system starts with a forte dynamic marking (*ff*). The third system includes a key signature change to one flat. The fourth system features a double bar line and dynamic markings: *cres.*, *cen-*, *do.*, and *molto.*. The fifth system includes *dimin.* and *cres-*. The sixth system includes *cen-* and *do.*. The score is rich in musical detail, including various note values, rests, and articulation marks.

This musical score is arranged in ten systems, each consisting of a grand staff with a treble and bass clef. The music is written in a key with one flat (B-flat) and a 2/4 time signature. The notation includes various rhythmic values such as eighth and sixteenth notes, as well as rests. The piece features several dynamic markings: *cres-* and *-cen* in the fifth system, *dim. #* in the sixth system, and *do.* in the seventh system. The score concludes with the signature *Procédés d'E. DUVERGER.*

El Marañon.

El gobierno del Perú está haciendo laudables esfuerzos, muy dignos de llamar la atención de Europa, para atraer á las regiones que posee, una parte de los emigrados que salen anualmente de esta parte del mundo. Su objeto es poblar y cultivar la porción que le pertenece en el curso del Marañon ó río de las Amazonas.

Es sabido que el Marañon es el río mas grande de las cuatro partes del mundo. Sus afluentes, entre los cuales se cuentan ríos muy caudalosos, vienen de muy lejos, del Norte al Mediodía, á reunirse para formar la arteria principal que corre del Oeste al Este, describiendo varias curvas. Su cuenca ocupa casi todo el espesor del continente americano en un punto en que es extremadamente ancho; con efecto, las fuentes del Marañon están á treinta ó cuarenta leguas del Océano Pacífico, y van á desembocar en el Océano opuesto. Esta cuenca ó valle representa groseramente un cuadrado largo, cuyo costado tendrá por la parte mas larga 3,350 kilómetros, y por la mas corta 2,800. La superficie de la Francia no formaría mas que un cuadrado de 750 kilómetros de costado, aunque encierre los cinco valles del Sena, Loira, Garona, Ródano y una parte del Rin. El valle, pues, del río de las Amazonas constituye quince veces la superficie de la Francia. En su curso baña países muy fértiles, en los cuales podrían cultivarse con buen éxito todos los productos naturales. Se puede creer que llegará día en que se desarrollen allí pueblos inmensos, y suponiéndoles la densidad de poblacion que tiene actualmente el francés, aquel río vería fácilmente á sus márgenes quinientos millones de habitantes.

Tal es el porvenir, que se puede prever sin exageracion, para una época muy remota indudablemente, pero que es permitido juzgar que puede tener su brillante aurora á los ojos de las generaciones presentes. Bastaria en efecto con la vida de un hombre, con tres cuartos de siglo poco mas ó ménos, para que el valle del Marañon ofreciese por todas partes ciudades florecientes y cultivos admirablemente productivos, si se trasportasen allí desde ahora un millon de hombres; y una emigracion semejante no es imposible; la prueba la ofrecen las Californias y la Australia.

Mientras llega ese porvenir misterioso, y en verdad, incierto, sucede, que, por un fenómeno muy extraordinario, ese valle gigantesco se halla casi desprovisto de habitantes, y extraño á los mas simples elementos de la civilizacion, excepto en un pequeño número de puntos del valle, en el Perú, el Ecuador y Bolivia. Todo lo que allí se encuentra á largas distancias, son algunas tribus salvajes, sumidas en la mayor ignorancia, é incapaces de hacer producir al fértil suelo que huelan. Los viajeros europeos que han penetrado en aquellas regiones, se han visto expuestos á muchas privaciones y peligros. La mayor parte de ellos han hallado la muerte ó la extenuacion en medio de las fieras ó los salvajes, en los espesos bosques, ó insalubres pantanos. Una prueba de esto la tenemos en la expedicion que hizo y dirigió por aquellas regiones con tanto valor como habilidad el intrépido M. de Castelnau, y en la cual halló la muerte su cólega M. Oserie.

Y no obstante, hay mil razones que debieran decidir á la aventurera raza blanca, depositaria hoy de la civilizacion, á colonizar el Marañon. No se trata de tierras condenadas por el frío de los polos á forzosa esterilidad; por el contrario, este río se extiende á derecha é izquierda del Ecuador. No se trata de arenales áridos como los desiertos de Africa, ó una gran parte del curso del Missouri, en la América del Norte, sino de una red de innumerables valles que bañan inagotables manantiales. No se trata de montañas escarpadas, puesto que mas de nueve décimos de la superficie que ocupa el valle, son llanuras espaciosas. Cierta que escasean los caminos, porque el hombre civilizado no se ha establecido allí todavía; pero por una fortuna singular, una porción de corrientes de agua son navegables, y hacen fáciles las comunicaciones casi todo el año. La misma arteria principal, el Marañon ó río de las Amazonas, es navegable desde su desembocadura hasta Tomepanda, en donde sale de las montañas, que es una extension de 4,000 kilómetros. Entre sus tributarios, algunos ofrecen un curso navegable de unos mil kilómetros.

La mayor parte del curso del río de las Amazonas pertenece al Brasil, que posee su desembocadura, ancha como un mar, pero la parte superior pertenece á otros tres Estados, á las repúblicas del Ecuador, Perú y Bolivia, y aun él constituye sus provincias mas extensas. El suelo de Bolivia se reduce casi á la cuenca ó valle del Beni y del Madeira, afluentes á la derecha del Marañon. Al Oriente de la cresta de los Andes, el Perú se compone del valle del Ucayaly, del Apurimac, del Huallaga, y de la parte superior del valle del mismo Marañon. La ciudad de Cuzco, célebre en los fastos de la conquista, y renombrada por la riqueza de su suelo, está situada entre el Ucayaly y el Apurimac.

Como poseedor del nacimiento del Marañon, y de sus dos márgenes en una extension de doscientas leguas, el gobierno peruano ha celebrado en octubre de 1851 con el Brasil un tratado de limitacion de ambos territorios. El gobierno del Perú, que desea colonizar aquel vasto país, ha aprovechado esta circunstancia para hacer aceptar al brasileño, que había cerrado hasta ahora el río á la Europa, imposibilitando así todo comercio y colonizacion, un compromiso, en virtud del cual una compañía mixta, brasileña y peruana, tendrá derecho de establecer vapores en todo el curso del Marañon,

desde su origen hasta el Océano. Parece que esta compañía se halla ya constituida, y por consiguiente la barrera que por el Oriente ó por el Océano Atlántico condenaba este inmenso valle del Marañon á la soledad y á la aridez, ha desaparecido, á lo ménos en principio y de derecho.

Dado este paso, el gobierno peruano, constante en su discreto anhelo de poblar y colonizar, y comprendiendo que le correspondia á él el allanar el obstáculo que se ofrecia del lado del Occidente ó del Océano Pacífico, ha promulgado el 15 de abril último un decreto, cuyo objeto es hacer conocer á los emigrados europeos las ventajas que pueden obtener allí.

Una ley anterior, del 17 de noviembre de 1849, había concedido á los buques y empresarios de colonizacion una prima de 30 piastras por cada emigrado, fuera hombre ó mujer.

El decreto del 15 de abril añade otros beneficios en favor de los mismos emigrados. Este decreto está dado en la suposicion de que los emigrados desembarquen en la costa del Perú.

Una vez en un puerto del Perú, un navío del Estado los trasportará al de Huanchaco, provincia de la Libertad, lindante con el nacimiento del río. Trujillo, capital de la provincia, y ciudad importante, solo dista dos leguas de Huanchaco.

El gobernador civil de la provincia, bajo cuya inspeccion se hará el desembarco, los enviará á su destino, á costa del gobierno, dándoles todos los medios necesarios. Al fin de su viaje recibirán gratuitamente tierras en diversa cantidad desde 4 á 80 hectares, y serán provistos de instrumentos aratorios, útiles y simientes por cuenta del gobierno.

Sus tierras estarán exentas de la contribucion territorial indefinidamente. No pagarán ninguna contribucion personal durante los veinte años primeros. Del mismo modo estarán exentos perpetuamente del pago del diezmo, ú otra prestacion cualquiera para el clero, contribuciones que en la América del Sud son bastante crecidas. Los derechos de papel sellado no los pagarán tampoco. Al mismo tiempo tendrán derecho de administrarse ellos mismos municipalmente, y en lugar de estar sujetos á los tribunales del país, elegirán ellos sus jueces. En fin, para dar salida á los productos de su cultivo, se concluirán los caminos, decretados y comenzados el año 1843, que les permitirán el ir al cerro de Paseo, centro importante de la explotacion de las minas de plata, cerca del cual se hallan abundantes minas de carbon de piedra, y que está llamado á mucha prosperidad.

Todo parece bien dispuesto para el éxito feliz de la empresa. Un funcionario distinguido, que ha estudiado la cuestion profundamente, está colocado en el centro del país para colonizar con el título de gobernador general, y tiene poderes muy amplios para evitar el tener que acudir al gobierno de Lima cuanto sea posible.

Muchos barcos de vapor han sido mandados hacer en los Estados-Unidos por el gobierno del Perú, y se emplearán en recorrer y explorar todos los ríos importantes que afluyen al Marañon.

El gobierno peruano, á cuya cabeza se halla el general Echenigue, se señala por el celo constante con que trabaja para afirmar la tranquilidad y desarrollar la prosperidad pública. Su Hacienda está en el mejor orden, y de ese modo tiene recursos para llevar á cabo el proyecto que ha concebido y revelado á la Europa. En un país donde hay muchísimo que hacer, donde todo estaba atrasado, el gobierno comprendió que era preciso aclimatar las artes y el ingenio europeos, como el único medio de evitar la absorcion que amenaza por parte de los Estados-Unidos á todo el nuevo continente.

Persuadido de que una de las mejoras mas indispensables y mas urgentes era dotar al país con medios de transporte, de que hasta el presente carecia, ha hecho ir últimamente de Francia algunos ingenieros notables por su experiencia y su saber. La tentativa de colonizacion á que se dedica en este momento, se anuncia en tales términos, que no puede dejar de ofrecer buenos resultados, si persevera en el camino en que se ha lanzado, y es muy probable que cierto número de colonos franceses vayan allí á establecerse.

LA NADA.

POEMA.

CANTO PRIMERO.

Siente mi corazón en su aposento
Una especie de métrica postema,
Y voy á dar salida al pensamiento
Y ha de ser en los cantos de un poema:
Grande mi corazón y mi talento,
Grande el asunto que elegí por tema,
Haré que presten sus oídos juntos
No nacidos, vivientes y difuntos.

Allá en la plenitud impenetrable
De los tiempos... mas punto, porque advierto
Que me falta una cosa indispensable.
¡Vision incomprensible del desierto!
¡Inspiracion suprema é impalpable!
¡Espíritu inmortal que nunca ha muerto!
Tu voz me aliente, tu virtud me acuda:
Dame tu amparo, tu favor, tu ayuda.

Como la hinchada nube en el verano
Que al rudo empuje de los vientos truena,
Y cubriendo de lluvia monte y llano,
Los confundidos horizontes llena:
Así tambien tu impulso soberano
Abra el raudal de mi fecunda vena,
Y ablanden todos sus oídos duros,
Pasados y presentes y futuros.

Dame el hondo rumor con que se agita
La mar en sus profundos oleajes,
El bramar del torrente que se irrita,
Los gritos de las águilas salvajes;
El son con que el arroyo precipita
Sus ondas de esmeraldas y de encajes;
La voz del viento en las agrestes cañas,
El trueno del volcan en las montañas.

Dame que el velo del silencio rompa
Mi voz y cumpla los secretos fines,
Del órgano inmortal la augusta pompa
Mezclada con los cantos de maitines:
Dame de Homero la robusta trompa,
De Píndaro y Herrera los clarines;
Y porque nada falte y nada sobre,
Las flautas de oro y el laud de cobre.

Ya siento en mis entrañas palpitantes
De tu sagrada bendicion el fruto;
Los siglos á mis ojos son instantes;
Miseria el hombre, y la alegría luto:
A la luz de tus rayos incandescentes
Vision eterna rendiré en tributo,
Ante las aras de tu altar sombrío
La imponderable esencia del vacío.

Allá en la plenitud, iba diciendo,
De los tiempos sin peso y sin medida
Todos los mundos que mirais no siendo,
Eran nada en la nada confundida:
Cosa que yo explico y que no entiendo,
Espacios sin entrada ni salida,
Sin límites, la nada, centros frios,
Sucesion de vacíos y vacíos.

Miro que cada cual su juicio labra
Buscando lo infinito de la idea
En la breve extension de la palabra;
Y como es natural que ménos vea
Aquel que por ver mas los ojos abra,
Porque palpable y comprensible sea,
A todos clara y comprensible á todos
Os la voy á explicar de varios modos.

Nada, segun los cálculos mejores
Basados en el tiempo y en la ciencia,
Nada, segun diversos escritores
Llenos de santidad y de experiencia,
Nada, segun predicacion los doctores,
Nada, segun nos dice la conciencia,
Es en suma de datos verdaderos,
Una perpetua sucesion de ceros.

Si acaso no entendeis la algarabía
De la infalible ciencia del guarismo,
Ahí está la ideal filosofia,
Y aquí teneis de muestra un silogismo:
La sustancia *in principio erat vacia*,
Sustancia vel *esentia* son lo mismo,
Si la esencia *non fuit* consustanciada,
Ergo probatum est la nada es nada.

Pero si sois de entendimiento romo,
Connigo discurrid y estadme hijos:
Manuela y Juan se casan no sé cómo,
Y aunque fueron entrambos muy prolijos
En el sexto capítulo del tomo,
Se mueren á la par sin tener hijos;
Pues la nada patente se os revela
En los hijos de Juan y de Manuela.

Si tan clara razon hallais oscura,
Otra prueba os daré mas concluyente:
Mídase cada cual su propia altura,
Contéplese á sí mismo frente á frente,
Dé á su cuerpo en la cama sepultura
Y la luz apagando de repente
Se mirará, sin verse, á su albedrío
Nadando en los espacios del vacío.

Yo sé que cada prójimo predica
De la feria, segun le va en la feria;
Sé que quien duda errores multiplica,
Y sé tambien que la cuestion es seria;
Pero si alguno su talento aplica
A ver con claridad en la materia,
La duda vence y los errores salva
Si se imagina un calvo sin la calva.

(Se concluirá.)

Relacion de un viaje al Japon.

El 4.º de abril de 1843, el americano Cooper llegó con su buque ballenero *El Manhattan* á las aguas de San Pedro, isla pequeña situada á pocos grados al S. E. de Nippon. La isla es en general estéril, y daba indicios de estar inhabitada; pero como el buque estaba muy cerca de la costa, se decidió visitarla con el objeto de

proporcionar á la tripulacion algunas tortugas frescas, cuya necesidad se hacia sentir vivamente. Despues de correr algunas bordeadas, se distinguió una pinaza grande y de construccion bizarra, muy semejante á las que se encuentran en los mares de la China. El capitán bajó á tierra con algunos hombres, se internó con ellos en la isla, y llegaron á un valle. Al corto rato distinguieron á poca distancia un grupo de hombres toscamente vestidos. Al ver estos á los marineros, parecieron alarmarse, y se precipitaron hácia la parte mas retirada del valle. El capitán continuó su marcha, y llegó á una cabaña donde habia once hombres, los cuales supo despues que eran japoneses. Al ver á los americanos, se prosternaron con la cara en el suelo, y permanecieron así mucho tiempo. Estaban poseidos del mayor terror, y todos sus gestos indicaban que se creian amenazados por la muerte. Pero el capitán Cooper los animó, y por medio de señas averiguó que habian naufragado en la costa de San Pedro pocos meses ántes. Entónces los condujo á la costa, les mostró su navío, y les dijo que si querian confiar en él, los llevaria á Jeddo. Admitieron la proposicion con el mayor gusto, y abandonando todo lo que tenian en la isla, se embarcaron inmediatamente.

El capitán Cooper resolvió darse á la vela para Jeddo, capital del imperio del Japon, á pesar de las leyes bien conocidas que prohibian su acceso á todo buque extranjero. Se proponia dos objetos á cual mas laudables: el primero, volver los pobres naufragos á su patria, y el segundo producir una impresion fuerte al par que favorable en el gobierno japonés, haciéndole conocer la civilizacion de los Estados-Unidos, y sus disposiciones amistosas con respecto al emperador y al pueblo del Japon. Despues se verá de qué manera consiguió el segundo objeto.

El capitán Cooper hizo levar anclas y dejó á San Pedro. A los dos dias de navegacion, vió á cierta distancia en la mar un objeto informe, que era un buque japonés desarbolado y próximo á irse á pique; procedia de un puerto que estaba al N. de Nippon y se dirigia á Jeddo con un cargamento de salmon salado. Hacia algunas semanas que se hallaba en aquel estado deplorable, y flotaba á merced del viento. Como el día siguiente á este encuentro hubo una tempestad furiosa, el capitán pensó que si no hubiera llegado á tiempo, el pobre junco no hubiera dejado de irse á pique. Once hombres, japoneses todos, fueron recogidos en aquella embarcacion, y trasbordados al *Manhattan*; despues se continuó el rumbo hácia la costa de Nippon. Entre los objetos recogidos á bordo del buque naufragado, se hallaban varios libros y una carta marítima de las islas principales que componen el imperio del Japon. Mas abajo hablaremos de esta carta marítima, que es quizás la muestra mas curiosa que se haya hallado hasta ahora del estado del arte geográfico en los países del extremo del Oriente.

Al buscar la tierra, el capitán Cooper se halló muy al N. de Jeddo. Se aproximó á la costa é hizo echar al agua la lancha, en la que se embarcó acompañado de dos de los japoneses que tenia á bordo. Vió muchas personas ocupadas en pescar á corta distancia de la costa, y conoció que era una comarca habitada por pescadores. Las personas que vió parecian pertenecer todas á la clase infima, pero tenian una fisonomía inteligente y parecian ser felices. Demostraron satisfaccion al verle, y no le opusieron obstáculo alguno para su desembarque. Desde allí envió uno de sus pasajeros japoneses á ver al emperador, que se hallaba á la sazón en Jeddo, con objeto de participarle su intencion ó su deseo de entrar con su buque en el puerto de la capital. El motivo que alegaba era el de desembarcar los hombres que habia recogido en circunstancias tan criticas, y procurarse agua y víveres de que tenia absoluta necesidad la tripulacion. En este intermedio cambió el viento, y el buque americano se alejó tanto de la costa, que necesitó mas de una semana para volver á ocupar la posicion en que se hallaban ántes. El capitán Cooper volvió por segunda vez á tierra, y envió otros dos mensajeros á la capital para exponer de nuevo su pretension y participar el impedimento que habia tenido. Despues hizo rumbo hácia Jeddo, y gracias á un viento propicio, llegó á la entrada de la bahía en cuyo fondo está situada la ciudad imperial.

A la entrada de la embocadura fué abordado por una falúa procedente del puerto y mandada por un personaje cuyo traje suntuoso indicaba ser un funcionario de alta categoria. Este le participó que los mensajeros que habia enviado habian llegado á la corte, y que el emperador le concedia la licencia que solicitaba para entrar con su buque. Sin embargo le mandó que anclara aquella noche detrás de un promontorio inmediato, prometiéndole que al día siguiente le remolcarian hasta el fondeadero, que distaba unos cien metros de la ciudad. Al día siguiente sucedió así efectivamente.

El buque fué visitado inmediatamente por muchos funcionarios de todas clases, desde el gobernador de Jeddo y los oficiales del estado mayor del emperador, cubiertos de ricos tisús bordados de oro y pedrerías, hasta el último agente de policía vestido de andrajos. Todos parecian estar dominados por una curiosidad insaciable, y habia el mayor afán por ver á los extranjeros é inspeccionar las mil novedades que se presentaban á su vista.

Un intérprete indígena que habia aprendido el holandés y pronunciaba algunas palabras inglesas, pero cuyos gestos eran mucho mas inteligibles, informó al capitán Cooper de que le estaba prohibido á él y á los individuos de su tripulacion el salir del buque, y que si alguno de ellos lo intentaba, recibiria la muerte en el

momento. Esta comunicacion amenazadora le fué expresada con el auxilio de un símbolo muy significativo: el de una espada desenvainada colocada sobre el cuello. El capitán se condujo con la mayor urbanidad respecto á las personas que le visitaron; ganó su confianza, y les aseguró que no pensaba absolutamente en infringir la ley que se le imponia. Añadió que su único deseo era dar á conocer al emperador y á los altos dignatarios del Japon los sentimientos benévolos que animaban á los americanos hácia los japoneses.

Pronto llegó, para los marineros japoneses que habian sido recogidos en la isla desierta y en la embarcacion desarbolada, el momento de separarse de su salvador. Trataron de expresarle con todas las demostraciones imaginables la viveza y sinceridad de su reconocimiento por las bondades que habia tenido con ellos. Le abrazaban, le besaban, y le prodigaban las caricias con los ojos preñados de lágrimas. Esta escena interesante y tierna, la descripcion entusiasta que hacian los naufragos de toda la consideracion y solicitud con que les habian tratado, y la conducta constantemente prudente y amistosa del capitán americano, produjeron la impresion mas favorable en el ánimo del gobernador de Jeddo. Así es que este funcionario trató á los extranjeros con la mas perfecta urbanidad durante su residencia.

Sin embargo no se permitió ni al capitán ni á los marineros que salieran ni un momento del navío. Hubo á bordo constantemente algunos oficiales encargados de evitar toda contravencion á esta orden. Para mayor seguridad, y para impedir toda comunicacion posible con la costa, fué rodeado y guardado el buque por una barrera triple de embarcaciones colocadas en círculo. Habia entre cada círculo de embarcaciones una distancia de unos cien piés, y la misma distancia separaba al buque americano del primer círculo. En toda esta primera línea estaban las embarcaciones amarradas unas á otras por la obra muerta, y con tal proximidad, que nadie podia pasar por entre ellos. Las popas estaban vueltas hácia el buque, y en cada una de ellas se habian fijado lanzas largas y otras armas de hierro, de las formas mas raras y variadas. Parecia una panoplia de la edad media. Estas armas estaban cubiertas con estuches barnizados; pero de tiempo en tiempo las descubrian sus dueños y las dejaban brillar bajo los rayos del sol, como queriendo recordar á los extranjeros que cualquiera que tratara de pasar, se veria expuesto á sus efectos mortíferos. Tenian tambien pabellones y gallardetes de diferentes formas y dibujos. En medio del círculo, entre la ciudad y el buque americano, estacionaba un junco grande, en el cual permanecian los oficiales que mandaban las guardias de que estaba rodeado el *Manhattan*. Los barcos que formaban el segundo círculo no eran tan numerosos, y los del tercero lo eran ménos aun; pero todos reunidos presentaban á la vista una masa compacta. Habia cerca de mil, todos bien armados y tripulados. Aquel cuadro animado ofrecia un interés muy vivo para los americanos, que la mayor parte de ellos no habia oido hablar nunca de las costumbres raras de aquel pueblo separado del mundo y casi desconocido. Era un espectáculo sorprendente y magnífico durante el día que se presentaban todos aquellos barcos simétricamente alineados, decorados con graciosas banderolas y brillando con las infinitas puntas de las lanzas que defendian sus popas; pero mas admirable era aun por la noche cuando se iluminaba la flotilla con un número infinito de linternas de todas formas y colores, y de la mayor transparencia. Todos los americanos estaban estasiados, y creian hallarse en alguno de los países descritos en las *Mil y una noches*.

El rigor de la vigilancia á que estaba sometido el *Manhattan* fué puesto á prueba por una casualidad. Deseando el capitán hacer componer uno de los botes, le mandó sacar sobre cubierta y botarle al agua para suspenderle á uno de los costados del buque. Al ver esto, todos los japoneses que estaban á bordo desenvainaron las espadas. El oficial que estaba de guardia pareció alarmarse mucho al ver el bote próximo á echarse al agua, y habló con bondad, pero algo acalorado, contra esta infraccion aparente á la prohibicion impuesta por el emperador, y aseguró al capitán Cooper que si no mandaba á sus marineros que suspendieran la operacion, los matarian, y él tambien peligraria. El capitán le aseguró que no habia tenido intencion absolutamente de ir á tierra, y le explicó el objeto de la operacion que tanto les habia alarmado. Cuando el oficial japonés le hubo comprendido, manifestó la mayor alegría; mandó á la tripulacion que dejara el bote, é hizo trabajar en él á varios carpinteros indígenas, que le compusieron sin echarle al agua.

El *Manhattan* permaneció cuatro dias fondeado delante de Jeddo. En este tiempo le suministraron al capitán por orden del emperador, madera, agua, arroz, legumbres de varias clases y algunas piezas de porcelana que le hacian falta. Por ninguno de estos objetos quisieron admitir remuneracion alguna; pero le intimaron explícitamente la orden de no volver nunca al Japon, para no incurrir en el desagrado del emperador. En estos cuatro dias tuvo varias conversaciones con el gobernador de Jeddo y otras personas de distincion por medio del intérprete. En una de ellas le dijo el gobernador, que la razon de haberle permitido que se detuviera en las aguas del Japon, era el convencimiento que tenia el emperador de que no podia ser un *picaro extranjero*, puesto que se habia desviado de su derrotero para devolver á su patria unos pobres hombres que le eran totalmente desconocidos. Añadió, que creyéndole el emperador digno de sus bondades, habia recomendado á

los oficiales que le trataran con una deferencia y urbanidad excesivas, y que proveyeran á todas sus necesidades.

La víspera de la partida del capitán Cooper, le envió el emperador un escrito de su propio puño, como el testimonio mas notable de su afecto y estimacion. Se dice generalmente que los grandes hombres tienen mala letra, y el autógrafo imperial era una prueba irrecusable de este aserto. Tal era el aspecto de aquellos caracteres largos é irregulares, que cualquiera hubiera creído que media docena de gallinas, recién salidas de algun lodazal, se habian posado varias veces sobre aquel pedazo tosco de papel.

En la conversacion que hemos citado anteriormente y en que el gobernador recomendó al capitán Cooper que no volviera al Japon, le preguntó este que deberia hacer si se volvia á hallar en las mismas circunstancias. El gobernador se quedó algo perplejo, se encogió de hombros y eludió la respuesta, diciendo que no debia volver. El capitán Cooper le preguntó entónces si debia dejar ahogarse ó morir de hambre á los súbditos japoneses, estando en su mano el salvarles de otro naufragio. El gobernador le contestó que el emperador preferia su muerte á recibir otra visita de extranjeros en sus dominios. «Nunca,» replicó el capitán, «dejaré yo á mis semejantes ahogarse, ó perecer por falta de alimento, á mi vista. Si se presenta de nuevo una ocasion como esta, los salvaré y los recogeré á bordo de mi buque; pero desearia yo saber lo que he de hacer con ellos entónces.» «Conducidlos á cualquier puerto holandés, pero no volvais nunca al Japon.» Esto fué dicho por el gobernador con dulzura, pero al mismo tiempo con la firmeza y energía que convenian al órgano oficial de la voluntad del emperador.

El gobernador de Jeddo era un anciano de aspecto grave y dulce. Tenia los cabellos blancos; su fisonomía denotaba bondad é inteligencia, y sus ademanes eran dignos y decorosos sin afectacion. Le interesaron mucho los datos que le dió el capitán Cooper sobre los habitantes y la civilizacion de América. Excusado es decir que este trató por todos los medios imaginables de dejar una impresion favorable del nombre y carácter de los americanos, particularmente bajo el punto de vista comercial, en el ánimo de todos los oficiales, cuya categoria les permitia tratar con cierta intimidad al emperador.

El día de la salida del *Manhattan* del Japon, el intérprete le entregó una carta abierta, sin firma, escrita en holandés por un calígrafo bastante hábil. En ella se encargaba á todos los holandeses, que si encontraran al capitán Cooper en peligro de naufragio ó en cualquier otro apuro, que le socorrieran, y se expresaba que él habia socorrido tambien á súbditos japoneses que se hallaban próximos á perecer, y los habia llevado á su patria. Se declaraba además, para satisfaccion de la Holanda y de la China, únicas naciones en el mundo con quienes el Japon tiene tratados de comercio, y cuyos buques pueden entrar en sus puertos, que no se habia permitido á ninguna de las personas que iban á bordo del buque extranjero que comunicara con la costa, añadiendo que se habia vigilado estrictamente para que no tuvieran noticia ni datos de ninguno de los artículos del comercio indígena; pero que como el buque habia estado mucho tiempo en el mar y carecia de madera, víveres y agua, se lo habia proporcionado el gobierno.

El capitán Cooper estuvo en el Japon en el mes de abril, y describe el clima y el país como muy agradable. Todas las partes de la costa que pudo distinguir estaban cubiertas de una vegetacion vigorosa. Todas las colinas, todos los valles parecian hallarse en un estado de cultura admirable. En los sitios en que el genio agrícola de los habitantes habia tenido que luchar con las desigualdades demasiado bruscas del terreno, habian formado terraplenes. En una extension de varias millas, el país presentaba el aspecto de un jardín extenso. Numerosas casas, blancas y limpias, cubrian todo el campo. Algunas estaban tan bien situadas en la pendiente de las colinas y rodeadas de un ramaje tan verde y tan frondoso, que los marineros encantados suspiraban deseando hallarse al abrigo de sus campesinos techos. Todo parecia respirar paz y tranquilidad, y un encanto irresistible impedia separar la vista de aquellos sitios deliciosos.

El puerto de Jeddo presentaba una poblacion marítima muy considerable, que parecia ser tan industriosa como la poblacion agrícola del interior. A cualquier punto del horizonte que se dirigiera la vista, se veian embarcaciones ancladas ó á la vela, de todas clases y tamaños, desde el frágil esquife hasta el junco gigantesco. Jeddo parece ser el centro de un comercio de cabotaje inmenso. Toda aquella costa está animada por la actividad y el bullicio propio de este tráfico.

Segun las observaciones del capitán Cooper, los japoneses son hombres de corta estatura, anchos de cuerpo y robustos. Su tipo no presenta el carácter mongol tan pronunciado como en los chinos. Su tez es de un color cetrino. Manifiestan generalmente inteligencia, urbanidad y buena educacion. El traje de la clase ordinaria del pueblo se compone de pantalones anchos y de un casaquín holgado de algodón azul. Los dignatarios y las personas de alta jerarquía se visten de ricas telas de seda cubiertas de bordados de oro, y guarnecidas de cordones, de seda tambien, cuyo color varia segun el grado. Algunos de estos personajes estaban vestidos con tal esplendor, que excitaron la admiracion de los americanos.

La lana no se usa en los trajes de los japoneses. Los tejidos de esta materia parecieron sorprenderles mucho;

Los examinaban con mucha atención y como cosa enteramente nueva para ellos, tanto, que se llevaron á tierra como objetos de curiosidad algunos pedazos de tela de lana que se les dieron.

La carta marítima de que hablamos anteriormente es tal vez uno de los monumentos mas curiosos que se puede ver de la civilización japonesa. Comprende la isla de Nippon, todas las islas que están al Sud de Jeddo, y algunas de las que están al Norte. Tiene cuatro piés de larga y cuatro de ancha: cuando está doblada parece un libro de coro admirablemente encuadernado. Las proyecciones de las islas están trazadas en una escala excesivamente grande. Los accidentes mas insignificantes de la costa y todos los puertos de comercio, grandes y pequeños, están marcados en ella con la exactitud mas minuciosa. Están indicados cuidadosamente todos los puertos del comercio de cabotaje en el grupo entero desde Jeddo hasta Nangasaki. Pero la parte mas interesante de este dibujo es la topografía del interior de las islas. Están divididas en distritos, y cada uno de estos tiene un color distinto.

Las aldeas mas insignificantes están señaladas y se expresa su nombre. También están dibujados en ella, pero en tamaño menor, le residencia de los gobernadores en los distritos y los demás establecimientos públicos. Cada casa está indicada con forma y color diferente; al ver su semejanza y la igualdad del número en cada distrito, se infiere que la administración japonesa debe estar sistemáticamente regularizada. Los rios con sus afluentes mas insignificantes, están trazados en todo su curso, particularmente hasta su nacimiento. Su número y extensión son sorprendentes; no hay terreno que pueda ofrecer mayor abundancia de aguas que la isla de Nippon. Todo el interior de esta presenta el aspecto de una comarca surcada por una infinidad de canales.

Pero estos canales aparentes son rios cuyo curso se puede seguir desde su nacimiento hasta su confluencia con otros rios ó su desembocadura en el mar.

Los caminos públicos son excesivamente numerosos. Cruzan el país en todos sentidos, indicando una actividad extraordinaria en las comunicaciones de las diferentes partes del imperio entre sí. En varios puntos están bosquejadas por colores oscuros montañas elevadas, las cuales están reunidas generalmente en cordilleras pequeñas, que ocupan un espacio reducido. La configuración del terreno ofrece pocos accidentes: todos son colinas altas alternando con valles inmensos. Estos encierran arroyos y fuentes que fertilizan la tierra con sus aguas, y dan mil ventajas y estímulos á una población industrial, entregada como lo está el Japon á la agricultura y al comercio.

Esta carta marítima, así como otros muchos objetos que ha conservado el capitán Cooper, habían sido dejados impensadamente en la embarcación de los japoneses. Estos hubieran deseado sobremanera dejarle varias cosas que sabían que le interesaban, pero le aseguraron que peligraban sus vidas si llegaba á saber el emperador que habían proporcionado á los extranjeros los medios de profundizar el misterio de que están rodeadas las instituciones del país. Manifestaron mucha inquietud sobre este punto, y al aproximarse á Jeddo escondieron ó destruyeron varios objetos que tenían. El capitán Cooper no quiso abusar de la dependencia en que se hallaban con respecto á él, y los dejó, en esto como en todo, la libertad mas completa.

Después de haber estado fondeado cuatro días y haber completado las provisiones de viveres, agua y leña, comunicó el capitán á los japoneses que se hallaba corriendo para marcharse; pero cambió el viento repentinamente, y no pudo salir del fondeadero, á pesar de lo

mucho que lo deseaba, no porque el gobernador japonés anunciara siquiera la intención de obligarle á salir, sino porque habiendo satisfecho completamente los fines que se propuso al dirigirse á Jeddo, no tenía interés ninguno en permanecer mas tiempo allí. Determinó pues esperar á que el viento fuera favorable y á que cesara la marejada para salir del puerto; pero cuando supo el gobernador la causa de su retraso en salir, le dijo que él se encargaba de hacerle superar aquellos obstáculos. Dió sus órdenes y se levó el ancla; en seguida una fila inmensa de embarcaciones, tan larga, que no era posible contarlas, fué á ponerse delante del buque amarrando su bauprés con un cable de remolque. Estaban colocadas las embarcaciones de cuatro en cuatro y se pusieron en movimiento con el mayor orden, á pesar de que según el parecer del capitán debían pasar de mil. Aquella comitiva inmensa ofrecía un espectáculo maravilloso á los marineros americanos. Las embarcaciones en lugar de ser impulsadas por varios remos puestos en los costados, se movían por medio de un solo remo manejado por varios hombres. De esta manera fué remolcado el *Manhattan* hasta diez millas en alta mar, y el oficial que mandaba la escuadrilla le hubiera conducido á mayor distancia á no ser que el capitán le hubiera asegurado que no era necesario. Entónces los japoneses se despidieron con la mayor política del capitán, y mientras que la inmensa fila de barcos se dirigía hácia la costa con un movimiento lento y gracioso, el buque americano hizo rumbo hácia las regiones ménos hospitalarias del Kamcharka. Toda la tripulación llevaba del Japon recuerdos curiosos é interesantes, y el capitán celebraba la casualidad que le había puesto en contacto con aquel pueblo singular, que en medio de su aislamiento ha llegado á adquirir una civilización de las mas avanzadas.

RETRATO Á CABALLO

DE

MIGUEL EL GRANDE,

PRÍNCIPE DE RUMANIA,

Hecho por M. MIGUEL LAPATY, y destinado al museo de pinturas creado en 1852 por el príncipe M. BARBO-STIRREY, Hospodar de Valaquia.

La Valaquia, una de las provincias del Danubio, que llama actualmente la atención á causa de la cuestión turco-rusa, que tiene en expectativa á la Europa, es un país, en el que siglos de opresión de toda especie, tracciones é intrigas diplomáticas no han podido sofocar su amor á la independencia. Varias tentativas se han hecho para emancipar y reconstituir políticamente la nación rumana, que cuenta cerca de siete millones de habitantes. Pero, ¿cómo lograrlo en medio del conflicto de los intereses de potencias grandes que la rodean, que trabajan por dividirla y debilitarla para hacerla su presa? Así es que rodeados de enemigos, los rumanos se despertaron al eco de la revolución francesa, y quisieron regenerarse. Mas tarde se dirigieron á Napoleón, quien lejos de favorecerlos, los sacrificó á la política de los reyes en provecho de sus planes dinásticos. Apesar de esto, aquel país conserva muchas simpatías hácia la raza latina, cuya lengua se mezcla, dominándola, á la suya. Los valacos, en particular, á través de las numerosas invasiones que han mezclado las razas, se reconocen descendientes de los antiguos Galos que estableció Trajano en la Dacia para repoblarla. El



Retrato á caballo de Miguel el Grande.

nombre de valaco es una alteración de palabras que designan en eslavo y en alemán un pueblo de raza gaula.

Pero basta de prefacio para un retrato de un vaivode de Valaquia, muerto en 1601, disculpable por la afinidad que tiene ese pueblo con el mundo neo-romano.

La juventud rumana viene frecuentemente á instruirse á Francia, de donde lleva á su patria las ideas y la lengua francesa. El señor Lapaty es un joven valaco que ha aprendido en Paris el arte de la pintura. Nació en Karakal, nombre que recuerda el de Caracalla, triunfador de los getas, establecidos en la Dacia.

El señor Lapaty está en Paris desde 1850, y es discípulo del señor Ary Scheffer. El señor Lapaty ha querido que la primera composición importante que saliera de sus manos fuera consagrada á un recuerdo de gloria nacional, y con este objeto ha escogido uno de los héroes y soberanos mas ilustres de su patria. Este príncipe, vestido con su traje pintoresco, y puesto á caballo en actitud de mando, es Miguel III, llamado el Grande y el Valiente, que intentó emancipar su país, fué enemigo implacable de los turcos, reunió un instante bajo su dominación diversas partes de la Rumania, la Transilvania, la Moldavia y la Valaquia, y fué asesinado por Basta, general de Rodolfo II, emperador de Alemania, que veía en Miguel un aliado, aunque útil, muy independiente del imperio. Este cuadro, cuyo grabado acompaña estos renglones, está destinado á figurar en el museo que acaba de fundar recientemente en Bukarest el príncipe reinante de Valaquia.

A. J. DE P.

EDITOR RESPONSABLE, CH. D'AMYOT.

PARIS. — TYP. WALDER, CALLE BONAPARTE, 42.

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.

Este periódico sale á luz cincuenta y dos veces al año, con mas de 800 dibujos ó grabados sobre madera de los mejores artistas de Paris, Madrid y Londres. Cada número se compone de 46 páginas de impresión sobre papel de lujo con magníficas láminas, retratos y trozos de música intercalados en el texto. Cada mes los suscritores recibirán dos figurines de última moda, uno de mujer y otro de hombre, y varios patrones de bordados de todo género.

SERVICIO POR LOS VAPORES INGLESES DOS VECES AL MES. — PRECIO DE SUSCRICION AL AÑO.

Para la HABANA.	\$ 12 fuertes.
— el interior de la ISLA DE CUBA.	\$ 13 " "
— PUERTO RICO (San Juan).	\$ 12 50 macq.
— el interior de la ISLA DE PUERTO RICO.	\$ 18 50
— las ANTILLAS FRANCESAS, INGLESES Y COSTA FIRME.	\$ 12 fuertes.
— la PROVINCIA DE CUMANÁ.	\$ 12 75 "
— Un número suelto	2 1/2 rs. fs.
— la PLATA, REPUBLICA ARGENTINA Y el BRASIL, (por los vapores del 9 de cada mes).	\$ 14 " "

Para el CENTRO AMERICA, PANAMA y todas las agencias de la COSTA DEL PACIFICO.	\$ 15 " "
— el PARAGUAY, VALPARAISO, SANTIAGO DE CHILE, SAN FRANCISCO CALIFORNIA.	\$ 16 " "
— Un número suelto.	3 rs. fs.
— VERA CRUZ Y TAMPICO.	\$ 13 fuertes.
— Un número suelto.	2 1/2 rs. fs.
— MÉJICO, PUEBLA, ORIZABA, CÓRDOVA, JALAPA.	\$ 15 fuertes.
— todo el interior de la República.	\$ 18 fuertes.
— Un número suelto.	3 1/2 rs. fs.